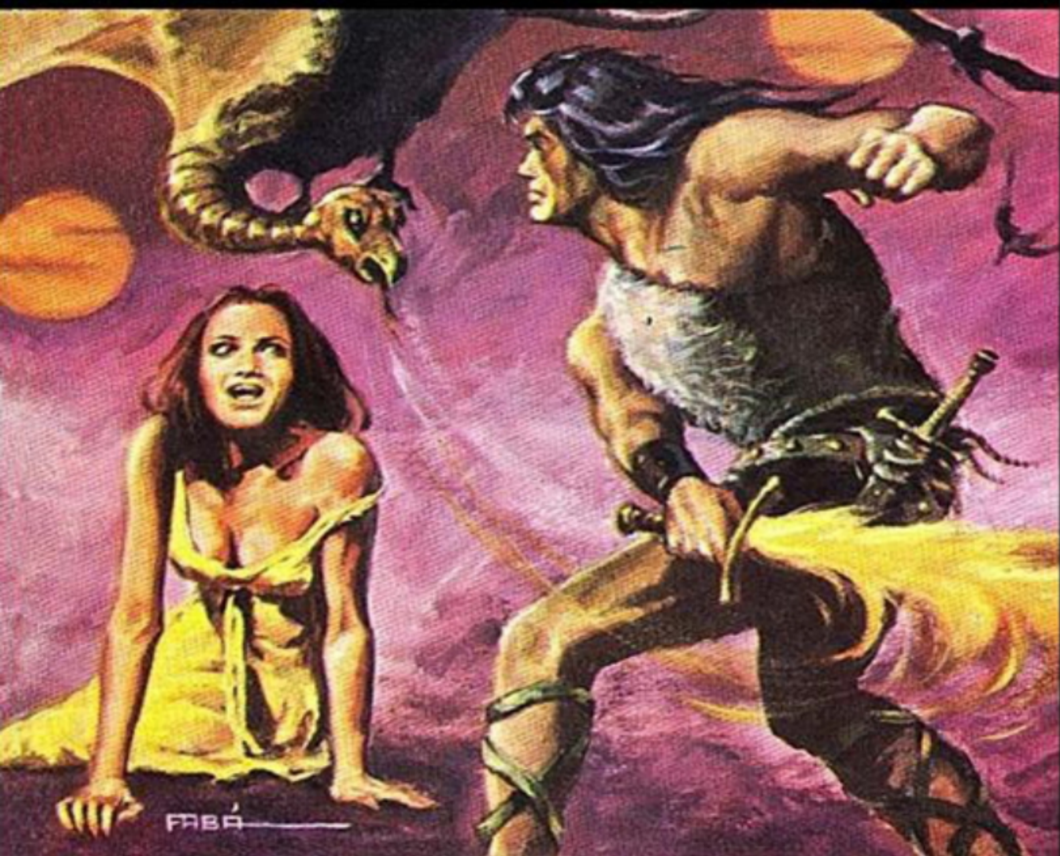
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LAS ESPADAS DEL COSMOS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LAS ESPADAS DEL COSMOS

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Curtis Garland

LAS ESPADAS DEL COSMOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO nº 177

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTÁ— BUENOS AIRES —CARACAS— MÉXICO

Depósito legal: B. 38.885-1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España —Printed in Spain

1a edición: diciembre, 1973

e-book: Jack!2014

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 —Barcelona— 1973

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

172. —Después del segundo diluvio. Glenn Parrish.

173. —Las montañas movedizas. J. Chandley.

174. —Mutación. Curtis Garland.

175. —Hombres-L. Glenn Parrish.

176. —El planeta de los árboles vivientes. J. Chandley.

PROLOGO

El mundo de Rolkan, en el que va a entrar el lector, es un mundo ficticio e imposible.

Sin embargo, posee grandes semejanzas con otros mundos remotos, y con otros que posiblemente lo sean en el futuro. Y con planetas de alguna lejana galaxia, donde pueden suceder cosas así.

Dentro de la «Fantasía Heroica», o la llamada «Espada y Brujería», los autores eligen siempre mundos que no son la Tierra, pero que se le parecen bastante.

Y en ellos, aparecen monstruos, mitos y leyendas que sí son de la Tierra, porque lo que se busca es un paralelismo con épocas pasadas de nuestro mundo, dándole una mezcla de ficción científica y de fantasía bárbara, primitiva, que es lo que le da a este género, encuadrado dentro de la ciencia ficción, su peculiar atmósfera, su aire diferente, entre renovador y clásico.

Tan clásico, que uno puede hallar antecedentes fáciles de este género, incluso en los cuentos de hadas, en las leyendas infantiles o en los libros de caballería, desde las historias de los Caballeros de la Tabla Redonda hasta el inefable Amadís de Gaula que enloquecía con sus aventuras caballerescas a Don Quijote.

De todo ello tiene la «Fantasía Heroica», actual, de la que son

ejemplos claros los héroes al estilo del famoso «Conan, el Bárbaro», quizá la mejor y más afortunada creación dentro del género. Sobre esa idea, tenemos a otros, como Rokannon, o como el personaje anterior, pero también muy similar, de Edgar Rice Burroughs, en sus aventuras interplanetarias, no tarzanescas.

Y así, indefinidamente, encontraríamos en muchos otros géneros literarios, la fuente inagotable de este nuevo estilo dentro de la fantasía científica, un poco cansada ya, como el propio lector, de computadoras, cibernética y frío mecanismo científico, viajes estelares y problemas en mundos supercivilizados, de una mecanización fabulosa. Esa rutina de las aventuras futuristas, es la que ha fatigado al lector, y le ha llevado a beber en la fuente de los relatos fascinantes, primitivos y bellos, de ese género nuevo y, como todo lo nuevo, también siempre viejo.

Así, la «Espada y Brujería» ha triunfado en todas partes, y si no se impone totalmente, sí alterna con la clásica línea de la ciencia ficción tradicional, como una especie de oasis en un desierto de tecnología futurista.

El autor espera y desea que el género sea también del gusto de sus lectores y que, por ejemplo, este «mundo de Rolkan» que hoy visita, llegue a serle familiar en otros relatos similares, donde haya otros Rolkan y otros mundos en los que la brujería, el mito y la leyenda, jueguen con soles, planetas y naves del espacio, en perfecta armonía.

Cuando menos, ése es honestamente el propósito del autor.

Si lo ha logrado, se dará por muy satisfecho.

Si no..., perdón, amigo lector.

C. G.

.

Los mundos de la "Espada y Brujería", el género literario de Fantasía Heroica, adscrito a la ciencia ficción últimamente, son

mundos donde todo puede suceder.

Todo..., excepto lo aburrido.

L. Sprague de Camp, autor con Lin Carter, de la famosa serie de "Conan, el Cimerio", originalmente creada por el fallecido Robert E. Howard.

Capítulo Primero —EL MUNDO DE ROLKAN

Los dos soles de Izak se levantaron majestuosos en el amanecer frío y seco de las áridas llanuras.

El sol Roe, grande y rojo, daba una luz esplendorosa, como cada mañana. A su lado, la débil luminosidad rosada del lejano sol Azuar, era como la de una tenue llama de lámpara de aceite de jokk, brillando en cualquier vivienda de los pueblos kroos.

Pero a pesar de su diferencia de magnitud y brillo, los dos soles ofrecían siempre un bello panorama celeste, por si a alguien se le ocurría levantar los ojos del suelo y mirar a lo alto para algo más que la búsqueda de reptiles alados comestibles o la llegada de naves espaciales del vecino mundo supercivilizado de Lagak.

Kabuc, el monje, no acostumbra a mirar al cielo. Cuando menos, no en busca de carne comestible o de mercaderes del espacio. Si acaso, sólo para contemplar la luz de Roe, símbolo de su fe religiosa, y cobrar nuevas fuerzas en su camino incansable hacia alguna parte, más allá de la llanura que parecía no tener fin. El basto tejido púrpura estaba polvoriento ya. El camino era largo. Y duro. Y difícil. Siempre lo eran los caminos de los religiosos como él, pobres y humildes, en busca de una puerta hospitalaria, una familia creyente o una persona amiga que se apiadase de su cansancio, de su hambre y de su sed, a cambio de unas palabras de consuelo, de una oración o de un pequeño obsequio modesto. Una crucecilla de topka o de abeed, con grabados a la antigua

usanza goqy. Lo único que constituía el tesoro privado de un religioso errante como Kabuc.

Numilia estaba cerca ya, y él lo sabía. Era siempre un consuelo. De durar muchas más metridias el camino, sabía que no podría soportarlo. Las ampollas de sus pies recalentados, el cansancio de su cuerpo todo, su propio agotamiento físico y la necesidad de tomar algo más que fresca agua de zej, junto con algunas viandas. Kabuc no pensaba que estuviera reñido con su teología el saborear una fresca jarra de vino de zamuz, en una mesa de cualquier acogedor mesón del camino.

Se detuvo, enjugándose el sudor, pensativo. Su mirada recorrió el horizonte, en torno a las murallas de Numilia. Alrededor de éstas, los mercados formaban un amasijo policromo y ruidoso. Los mercaderes vendían a las puertas de la ciudad su mercancía valiosa, regateando con los compradores. Desde Lagak, los grandes magnates del comercio, controlaban esas compras y ventas que convertían a su mundo en la arteria vital de la existencia de Izak. A fin de cuentas, en Lagak eran mercaderes astutos, con experiencia de milenios. En Izak, nadie pensaba en competir con ellos comercialmente. Se limitaban a comprar caro y a vender barato. Los lagakios tenían fama de listos. Ellos nunca perdían en una transacción. Habían nacido para eso, como Kabuc había nacido para predicar su fe. Y para ayudar a los demás, cuando éstos se hallaban en apuros...

—Ayudar a los demás... —suspiró para sí, apoyado en su alto cayado, la vista perdida en la distancia—. Sí, ése parece mi destino... Y debo cumplirlo, incluso ahora...

O tal vez ahora más que nunca, pensó el viejo monje errabundo, volviendo a caminar después de derramar en sus labios un chorro cauteloso de agua de zej, desde la piel de xukai bien trabajada, que constituía el mejor recipiente para un largo camino en el que escaseara el líquido elemento.

Sus sandalias le protegían del ardiente suelo desértico, de las piedras candentes y las pequeñas alimañas venenosas. La caperuza puntiaguda, color púrpura intenso, le cubría de la furia de los soles de Izak, levantándose en el cielo amarillento, crudo, sin los nubarrones de las tormentas súbitas de las cumbres norteñas de los Oañaks.

Kabuc estaba cansado. Hambriento. Y sediento de buen vino.

Esperaba encontrar todo eso en Arcaría. Pero también esperaba encontrar otras cosas. Por ello confiaba y temía, a la vez, en su arribada a la populosa y rica ciudad de los mercaderes del Sistema Solar de Roe.

Pero tenía que hacer ese camino. Formaba parte de su peregrinación. La Crux Aldavia colgaba del pecho, sobre su estameña burda y vieja, cosida mil veces por sus dedos rugosos y cansinos.

Al mismo tiempo, el monje Kabuc tenía que ver a alguien en Arcaría.

Alguien de quien él sólo sabía unas pocas cosas. Entre ellas, la más importante de todas: que su vida valía muy pocos dialeks en esos momentos. Y que si llegaba alguien a descubrir que él buscaba a ese hombre para entregarle algo, la vida del humilde ermitaño no tendría mucho más valor que la de aquel hombre a quien jamás viera antes de ahora, y del que sólo conocía dos detalles.

Que le estaría esperando en la mesa más próxima al tablado donde la voluptuosa y lúbrica Hydra, sacerdotisa pagana de los más abyectos deseos carnales, danzaba cada noche para los arcarios.

Y que ese hombre se llamaba Zomak, y era fuerte y vigoroso como un salvaje toro kraaz.

* * *

Zomak tragó saliva. El pánico asomó a sus ojos incoloros, pálidos.

—No —dijo—. No iré. No puedo ir.

—¿Tú dices eso? —rió Nivlo, sarcástico—. ¿Tú te asustas por tan poco, poderoso Zomak?

—No sabes lo que dices. No entiendes nada de lo que sucede, Nivlo. Si no, no reirías de ese modo —arguyo Zomak, encogiéndose entre los pliegues de la capa oscura que encubría

su identidad, en la casucha alumbrada por mechas empapadas en aceite aromático de jokk—. ¿Me viste acaso temblar antes de ahora, por cosa alguna en este o en otros mundos?

—Sinceramente, no —Nivlo sonrió, hundiendo las manos en la amplitud de sus mangas de color escarlata oscuro. Se apartó de su mesa de trabajo, en el laboratorio de alquimia. Bajo la larga melena rubia y canosa, el rostro afilado y pálido reveló ironía—. Por eso me sorprendes más aún, Zomak. ¿Qué ocurre, para que te asuste la simple entrevista con un peregrino?

—Nada me hubiese preocupado antes, de no saber "lo que puede sucederme si veo a ese hombre, Nivlo. Por eso estoy aquí esta noche. No pienso acudir al Vultaj Rojo.

—No vayas, si no quieres. Evidentemente, los encantos físicos de Hydra han debido perder últimamente...

—Nunca estuvo más hermosa, tentadora ni deseable Hydra que en estos momentos —rechazó con altivez Zomak. tragando saliva.

—Entonces, todavía lo entiendo menos. Ella te tiene sorbido el seso, ¿no es cierto? Si te pidiera la cabeza, la darías por sus favores, Zomak.

—Es posible —se estremeció el poderoso individuo—. Pero ha sucedido algo que cambia todo. No iré a la posada. Por nada de este mundo, Nivlo.

—Ya —el alquimista le estudió largamente—. Y quieres que vaya yo...

—Exacto, Quiero que vayas tú. Y que veas a ese religioso de las Tierras Áridas del Sur...

—Supongamos que aceptase —Nivlo le contempló largamente—. ¿En qué cambiaría eso las cosas?

—En mucho. A ti no te conocen. No pueden relacionarte con ese monje. No saben siquiera que yo he venido a verte... —miró a su alrededor, con recelo—. He tomado toda clase de precauciones. Va en ello mi vida. Y podría ir la tuya también.

—Yo no temo a nadie —sonrió Nivlo, irónico. Sus ojos profundos, color de cielo borrascoso contemplaron a su visitante—. Tengo poderes que la gente teme. Los felones y asesinos no me

inquietan como a ti, Zomak. Mis fuerzas no son físicas, pero tienen mucha mayor eficacia, cuando llega el momento de utilizarlas contra mis enemigos.

—Que los dioses sigan protegiéndote en ese terreno, Nivlo. Tú me dijiste hace poco que deseabas pagarme tu deuda...

—¿Los cinco mil kovlas? —frunció su rubio ceño el arrogante alquimista—. Bueno, las cosas no han llegado a ir tan bien como todo eso. Te dije que te pagaré antes de la nueva época de cosechas, y así será. Soy hombre de palabra.

—Lo sé. No te lo dije en el sentido que te imaginas —resopló Zomak, impaciente—. Es que..., puedo perdonarte esa deuda. Devolverte tu documento. Y encima, darte dos mil kovlas más.

—¿Todo eso..., a cambio de qué? —se intrigó Nivlo, fijando en él su penetrante mirada.

—A cambio de que vayas esta noche al Vultaj Boj o. Y hables con ese peregrino.

—Siete mil kovlas sólo por eso... —silbó entre dientes Nivlo—. Demasiado dinero por un pequeño favor. Aunque temas por ti si vas a ese mesón, se supone que yo no corro riesgo alguno yendo como un cliente más. ¿Qué te mueve a tan generosa oferta?

—Quizá el miedo. No iré allá. No quiero riesgos, Nivlo. Este es un favor que te pido. Un gran favor de amigo.

—¿Amigo? —rió Nivlo, sarcástico—. Creí que tenías a gala no poseer amigos. ¿Recuerdas tu frase? Es casi un ritual entre tus compañeros, los mercaderes de Arcaría: «Nada de amigos. Sólo clientes, kovlas y buena mercancía.»

—Oh, olvida todo eso, maldito seas, Nivlo —se exasperó el mercader—. No te habla ahora el comerciante, sino el hombre. Acaso el amigo, pese a todo cuanto dije. Creo que si uno está en apuros..., necesita amigos, no clientes ni kovlas de buen metal precioso. Nivlo, ¿no vas a ir en mi lugar a esa posada?

—Es posible que vaya —asintió fríamente el alquimista—. Dime una razón, aparte de tu generosidad conmigo.

—La tendrás —masculló el otro, irritado—. Pegó un seco puñetazo; con su manaza enorme y nervuda, haciendo bailotear

probetas, tubos y calderos sobre la mesa de trabajo de su interlocutor—. Hay algo que ese monje trae de lejanas tierras. Es un presente para mí. La herencia de un. viejo amigo que hizo depositario al peregrino del único bien que poseía en el mundo.

—Supongo que no puede tener gran valor material, para que un humilde monje sea portador de ello —argumentó Nivlo, dubitativo—. Ellos no gustan ser depositarios de bienes o de fortunas, en ningún caso.

—Su valor material, en apariencia, es nulo —jadeó Zomak—. Pero su poseedor puede llegar a ser el hombre más poderoso de Izak. Y quizá de todos los planetas conocidos, ¿entiendes?

—No, no entiendo. Eso parece un contrasentido…

—Deja que lo parezca, Nivlo. Lo importante es que lo que él trae llegue a tus manos…, y tú puedas conservarlo hasta que llegue a mi poder. Es importante eso. Es fundamental. Pero alguien, no sé cómo, supo que yo era el depositario. Y ahora es a mí a quien vigilan. No saben que es un simple peregrino religioso quien me trae ese algo que espero… Mientras yo sea el vigilado, tú puedes actuar en mi lugar, Nivlo.

—Supongamos que aceptase. ¿Me entregarían a mí ese objeto que tú esperas?

—Bastará que le digas una frase convenida, para que así sea. La frase que mi amigo, el hombre que me dejó el legado, mencionó a ese monje, como único modo de identificarme. ¿Qué decides, amigo?

—No sé… —le miró, pensativo. Observó su nerviosismo, su inquietud, el brillo excitado de sus claros ojos habitualmente duros y fríos, de hombre resuelto, seguro de sí—. Creo que no arriesgo nada. Ya te dije que no temo a nadie. ¿Cuál es la frase, Zomak?

—Que el cielo te bendiga si me ayudas —resopló su visitante, con profundo alivio, centelleante su mirada con esperanzas—. Es breve y extraña: «Las Nieblas de la Luz alumbren tu sendero, hermano.»

—«Las Nieblas de la Luz alumbren tu sendero, hermano» —repitió con voz grave Nivlo. Memorizó calmosamente la frase. Sonrió, asintiendo—. Ya está, Zomak. Confía en mí.

—¿Qué? —jadeó el mercader—. ¿Eso… eso significa que tú… vas a ayudarme? ¿Irás esta noche al Vultaj Rojo?

—Iré esta noche al Vultaj Rojo. Tienes mi palabra.

—Eres un gran amigo, hermano Nivlo —se entusiasmó el comerciante. Tiró sobre la mesa, sacándolo de entre los pliegues de su capa oscura, un papel de bajj apergaminado, con algo escrito en tinta roja de cibuk—. Ahí tienes tu pagaré. Y aquí lo convenido…, más un regalo de amigo. Recoge todo, te lo ruego, y no te ofendas. Es sólo un presente en reconocimiento de tu bondad conmigo…

Nivlo, el alquimista, contempló los presentes. El pagaré, de amarillento pergamino de bajj, las monedas de oro, y el anillo.

El anillo.

Era de rústica madera, tallada a golpes. Pero llevaba montada una rara piedra color azul oscuro, desigual y fea, aunque con un curioso destello turbio. Enarcó las rubias cejas el alquimista, indagando, curioso:

—¿Para mí también? ¿Este anillo, Zomak?

—Sí, este anillo —lo hizo rodar hasta los dedos de su interlocutor, con mano brusca—. Es sólo un presente, un recuerdo. Úsalo o no, pero recógelo también. Alguien me dijo una vez que era algo grande y valioso. Pero nunca se probó tal cosa. Sin embargo, es bonito. Lo puedes tornar para ti. No tengo otra cosa encima. Sólo que si quieres más dinero, te haré enviar mañana una suma de…

—No. No envíes nada. Será suficiente con esto. Yo diría, incluso, que demasiado.

—¿Demasiado? ¿Has pensado que puede llegar a peligrar tu vida, si te relacionasen conmigo y con ese peregrino de las Tierras del Sur?

—Sí, lo he pensado. Aun así…, sigue siendo demasiado dinero. Gracias, Zomak. Iré en tu lugar a la posada del Vultaj Rojo. Eso es todo. Pero condicionado a algo que estoy esperando en estos momentos.

—¿Condicionado? —se inquietó el mercader—. ¿Qué es ello,

Nivlo? Si puedo ayudarte en eso, cuenta conmigo incondicionalmente…

—No. No puedes ayudarme en absoluto. Estoy esperando a mi hija. Y hasta que ella llegue a Arcaría, sana y salva, no haré nada en absoluto. Ella viene desde la lejana tierra de Gelix, la Región Helada, donde estuvo completando sus estudios con el pueblo Vitrox. El camino es largo y peligroso, especialmente en esta época, con los Abiseos de los mares abisales atacando las regiones anfibias… Ella viene con una escolta fuerte, eso sí. Y con mi amigo, el mago Voltan, protector y cuidador de Liria. Sin embargo…, hasta que no llegue aquí, a salvo de todo, esta misma tarde, como está anunciado…, no haré nada por ti ni por nadie, Zomak. Claro que confío ciegamente en Voltan, en la escolta, pero…

* * *

Voltan acababa de caer, bañado en sangre, entre el fango del sendero.

Y la escolta acababa de ser asesinada. Hasta su último componente.

Liria, hija del alquimista Nivlo, supo que estaba en peligro mortal. Lo había sabido desde que fueron atacados por los anfibios abiseos de los cercanos mares. Los hombres-reptiles, verdosos y cubiertos de escamas en piernas y colas, así como en el casquete de sus ovoides cabezas deformes, habían aparecido por doquier, saltando sobre los miembros de la escolta armada.

Ella misma presenció, llena de horror, trémula y angustiada, la matanza atroz, increíble. Las garras engarfiadas, mortíferas, los tridentes plateados de los Abiseos, en sus manos membranosas, completaron la masacre en pocos instantes.

Los hombres de la escolta lucharon valerosamente, pero eran sólo una docena, contra el medio centenar de Abiseos crueles y expertos en la lucha. Incluso Voltan, el mago, tuvo que verse vencido, pese a sus artes.

Cuando intentó luchar, defenderla contra los asaltantes,

utilizando sus mágicos procedimientos, un grupo de verdes Abiseos saltó sobre él, y un tridente hirió su cabeza. La sangre brotó, mientras exhalaba un gemido de profundo dolor. Rodó hasta el borde de las aguas turbias del canal, donde quedó inmóvil, sumergido a medias en el líquido elemento.

Luego, los odiosos y repugnantes Abiseos, con una expresión maligna en sus rostros escamosos, lívidos, de un verde amarillento, donde destacaba la fosforescencia dorada de sus redondas pupilas de pez, empezaron a moverse, rodeando a la muchacha de cabellos platinados y rostro trémulo, estremecido de horror y de angustia...

Entonces apareció Rolkan en escena.

Rolkan, el Zerio.

Rolkan, llamado el Invulnerable...

Rolkan exhaló un grito poderoso, vibrante.

Era como la voz surgida de una garganta de roca y de acero. Tendones y cuerdas vigorosas sustentaban el sonido poderoso de su tono. Su cuerpo era una especie de fantástico manojo de músculos, nervios, tendones y poder físico. Encima de todo ello, una crespa revuelta, casi rabiosa melena oscura. Y unos ojos centelleantes, duros, fríos como piedras destellando a la luz de las seis lunas de Izak.

Y unas manos que eran como manojos de cables de acero bajo una epidermis de bronce vivo, palpitante. Y un rostro joven, anguloso, viril y potente.

Y una feroz, despiadada, brutal virulencia para la lucha, para la pugna, para el choque del guerrero con los adversarios de cualquier tipo...

Incluso con los Abiseos, los humanoides-reptiles de Aquor, el Reino de las Aguas Abisales...

Liria no supo lo que sucedía. Sólo supo que, cuando más difícil era todo, cuando el peligro de muerte era inminente para ella..., apareció él.

Aquella especie de formidable gladiador. Aquella estatua viviente, de poderoso luchador que era Rolkan.

Rolkan, hombre y guerrero, soldado y héroe, luchador y paladín inesperado para Liria, la espiritual hija del alquimista de Arcaría.

Capítulo II —EL VULTAJ ROJO

Era como un torbellino elástico y prodigioso.

Una sinfonía de músculos, nervios y tendones en acción. Un poder arrollador, capaz de triturarlo todo a su paso. Un ariete humano en pugna contra fuerzas cincuenta veces superiores en lo físico.

Y, sin embargo, pese a la diferencia numérica...

Sin embargo, Rolkan logró lo que parecía imposible. Rolkan era como un titán, como un cíclope o una vorágine humana.

Un humanoide-reptil saltó por los aires. Y otro. Y otro...

Cada mano esgrimía un arma. Un hacha de dos hojas en forma de letra X. Una espada de ancha hoja y doble filo en la otra mano. Dos aceros contundentes, demoledores y terribles, accionados por dos mecanismos mortales: los brazos elásticos, musculosos y tremendos, de aquel guerrero formidable llamado Rolkan, a quien Liria nunca había visto antes en parte alguna...

Pero a quien debió la vida en ese momento. A quien agradecería toda su vida que, en el momento más peligroso y amenazador que jamás conociera, surgiese de las sombras de la noche, para librarla del mayor riesgo conocido...

Rolkan los pulverizaba por grupos, haciéndolos saltar, desarticulados como monigotes sangrantes, rotas sus articulaciones, sus extremidades escamosas, color verde lívido. Y las aguas turbias saltaban, enfangadas por el limo, la sangre, el polvo del ancho sendero entre mareas.

Los alaridos agudos, estridentes, como chirridos de extraños reptiles que escapaban de las bocas dentadas de los Abiseos, se

mezclaban con el propio rugido de la voz del guerrero Zerio. Las palabras rudas y violentas de éste restallaban virulentas en el aire:

—¡Fuera, sabandijas asquerosas! ¡Apartaos, sucias alimañas! ¡Vamos, vamos, abrid paso! ¡No soporto vuestro hedor y vuestra presencia repugnante! ¡Aparte, aparte todos, sucios bastardos de barro y podredumbre...!

Todo ello, acompañado de golpes, de impactos, de. heridas incisivas, de mazazos formidables de las dos hojas de acero en sus manos vigorosas.

Finalmente, diezmados, aterrorizados ante la presencia del ser que parecía un auténtico hijo de los dioses, descendido desde los reductos mitológicos de Izak, los anfibios escamosos se pusieron en fuga, sumergiéndose, entre burbujas, en las profundidades fangosas del mar grisáceo, nebuloso, del que subían brumas hediondas y serpenteantes, de un tono pegajoso y sucio, que despedía fétidos aromas de muerte y corrupción...

Solamente unos minutos más tarde, bajo las seis lunas de Izak, en la noche del planeta tranquilo, de vida arcaica y medieval, reinaba el silencio. Un silencio entre cuerpos sangrantes, de escamas rotas.

Un silencio donde se erguía la estatua de bronce musculosa de Rolkan, el guerrero. El único vencedor de la batalla desigual y sangrienta.

El nuevo paladín a quien debía la vida Liria, hija de Ni vio...

*** * ***

—Mis respetos, señora...

—No, no soy señora —suspiró Liria—. Soy doncella, desconocido. Y os agradezco mucho el servicio que me habéis prestado; con riesgo de vuestra vida...

—¿Mi vida? —rió el joven guerrero, irónico. Su torso brillaba bajo la luz lunar, como si estuviera recubierto de brillante grasa.

Y era sólo sudor; sudor de lucha, de esfuerzo, de pugna feroz—. No creo que pudiera llegar a tanto. Los Abiseos son débiles y cobardes. Sólo en gran número se atreven a atacar. E incluso a vencer, si todo les sale bien.

—Yo llevaba una nutrida escolta de guerreros Vitrox. Y fueron exterminados...

—Los Vitrox no son demasiado buenos como guerreros. Son leales, pero eso es todo. Ya habéis visto que la pugna no fue demasiado larga... Y muchos de esos malditos reptiles humanos han muerto. Su rey, Aquor, deberá buscar una raza más fuerte en los abismos marinos, si quiere conseguir algo práctico...

—¿Por qué me atacaron? —susurró ella, sorprendida, mirando a aquella estatua viviente erguida ante sí.

—Aquor tiene rostro de pez, pero es mitad hombre, y mitad lagarto. Sin embargo, piensa y siente sólo como hombre... —la miró, pensativo, con sus ojos sombríos, profundos, bajo los cabellos rebeldes que barrían su rostro nervudo—. Vos sois mujer. Y hermosa. ¿Entendéis ahora?

—Sí, entiendo —ella bajó los ojos, aturdida. Las lunas de Izak juguetearon con su melena plateada, como hebras argentíferas—. Entiendo muy bien, desconocido...

—No me gustaría que me llamaseis siempre «desconocido» —sonrió él, exhibiendo su nítida, fuerte dentadura de gladiador poderoso—. Mi nombre es Rolkan.

—Rolkan... Breve y sonoro. Rolkan... Gracias, Rolkan, amigo. Me has salvado. Te debo mucho...

—No me debéis nada. Una mujer en peligro, debe ser salvada. Casualmente pasaba por este sendero, camino de Arcaría, la ciudad de los mercaderes...

—¿Arcaría? —pestañeó ella, sorprendida—. Yo voy hacia allá...

—Entonces, hagamos juntos el viaje. Seré vuestra mejor escolta, os lo prometo.

—No hace falta que digas eso, Rolkan —ella se acercó. Puso una mano en su brazo: Tocó una piel tersa, grasienta, que encubría manojos de músculos potentes—. Mi nombre es Liria, hija de

Nivlo. Acepto agradecida i y confiada tu compañía y apoyo...

Rolkan no dijo nada. Se limitó a inclinar la cabeza, i en un silencio de conformidad. Había arañazos sangrientos en su piel. Pero él no parecía darle la menor importancia. Era como si el dolor no le afectase lo más mínimo. Como si aquello formara parte de su propia vida. Y tal vez era así, después de todo.

Su espada de ancha hoja, aún con estrías sanguinolentas, había sido envainada en la funda de tosca piel de bokai, y el hacha pendía de una argolla especial de su ancho cinturón de jokk, con hebillas e incrustaciones de cobre y metilk. El resto de su indumentaria, eran pieles y tiras sobre los músculos. Y calzado tosco, atado con correas, cortado con trozos bastos de pieles...

El guerrero de Zeria, siempre con atavío tan sobrio y breve como el suyo, era como un símbolo de la propia austeridad de su pueblo, encerrado en zonas montañosas, abruptas y hostiles, donde la fuerza física, el valor y la astucia, eran poco menos que imprescindibles para la supervivencia de las tribus.

Pero Rolkan, era algo más que todo eso. El no sólo se limitaba a sobrevivir. Rolkan era el guerrero más duro y fuerte que saliera jamás de Zeria.

Y, aparte de eso, el más arrogante, virilmente hermoso y físicamente perfecto de cuantos surgieran de aquellas lejanas regiones violentas, hacia otras tierras del amplio planeta Izak, en su Edad Media...

A partir de aquella región pantanosa, entre los vapores pestilentes de los Mares Sombríos, Liria tuvo un valedor excepcional, que le permitiría llegar sana y salva i a casa de su padre, allá en la populosa, abigarrada y amurallada ciudad de Arcaría, sede de mercaderes, comerciantes y traficantes de todo género, situada en el llamado Centro de las Rutas Interzonales de Izak.

De este modo, por una simple coincidencia que cruzó los destinos de Liria, Nivlo y el guerrero zerio, llamado Rolkan, el alquimista pudo aquella noche acudir a la cita de la cantina del Vultaj Rojo, en nombre de una persona llamada Zomak, cuyo miedo a algo o a alguien, le hizo no asistir al encuentro previsto con un j anciano peregrino religioso, de estameña oscura y sucia, llamado Kabuc el Monje...

* * *

—«Las Nieblas de la Luz alumbren tu sendero, hermano...»

—«Así sea, hermano» —fue la respuesta del peregrino de hábito púrpura oscuro.

Y los dos hombres se miraron, separados por las i tablas rústicas de una sucia mesa arrinconada junto al tablado donde bailaba, semidesnuda, lasciva y sinuosa, la bellísima Hydra. Separados, también, por una jarra y dos toscos vasos con buen vino de zamuz.

El monje entrelazó sus dedos sarmentosos. Miró a su interlocutor, como si le sorprendiera su aspecto arrogante y dominador. Meneó la cabeza con cierta perplejidad.

—Nadie me dijo cómo eras —habló—. Pero te imaginaba diferente...

—¿Cómo me imaginabais, hermano? —preguntó, risueño, Nivlo al monje peregrino.

—No sé... De más edad, más rudo, menos cultivado quizá... No sé tu nombre tampoco, pero eso cuenta poco, siempre que me hayas dado la frase necesaria. Él se fiaba poco de hombres, apariencias y todo eso...

—¿Él? —indagó Nivlo, curioso. Luego, afirmó—: Entiendo. El hombre que os dio algo para mí, hermano...

—Sí eso es verdad —miró a su alrededor, pensativo. El rostro rugoso, las cejas hirsutas y blancas, las facciones ascéticas y graves, de hombre bondadoso, pero firme, revelaron un cierto desprecio al ambiente que le rodeaba, desde las curvas voluptuosas e insultantes de la broncínea Hydra, agitándose en aquel escenario de eróticas exhibiciones, hasta las mesas repletas de ebrios asistentes, de meretrices opulentas, de orgías provocativas, que no necesitaban siquiera de recato o de ocultamiento, en un alarde vergonzoso de vicio y de la peor depravación del individuo.

Nivlo esperó paciente a que su interlocutor resolviera al respecto. No quería forzarle ni apresurarle absolutamente a nada. En aquel asunto, sólo tenía el personal interés de ayudar a Zomak, a cambio del perdón de una difícil deuda a solventar, de una suma de dinero y del simbólico obsequio de un anillo sin valor aparente. Pero, sobre todo, porque ese rudo comerciante confiaba en él, y Nivlo le había dado su palabra. Ahora, llegaría hasta donde fuese, para servir al hombre cuyo puesto ocupaba allí, en el ambiente cargado de la cantina presidida por el muestrario rojo de aquel alado ejemplar de «vultaj», la temible ave gigante, de enormes alas y pico corvo, que se criaba en las montañas de Zeria, la tierra de los guerreros. Tierra del hombre que, providencialmente, ayudara a su propia hija, Liria, en el regreso accidentado desde el frío y lejano reino helado de Gelix.

El monje no habló. Evidentemente, no aprobaba el ambiente que le estaba rodeando en este momento. Pero el vino sí gozaba de su aprobación, a juzgar por la complacencia con que lo ingirió, apurando el resto de su tosco vaso de metal. Ni vio escanció más de la jarra de buen barro fresco. Y bebió él mismo, sin desviar sus ojos del rostro rugoso del peregrino.

—Espero que sepáis, más o menos, lo que he de entregaros —dijo con voz calmosa el monje viajero, entornando sus ojos, fijos en el compañero de mesa.

Nivlo tuvo una primera e incómoda sensación de incertidumbre. El monje era más astuto o desconfiado de lo que parecía. Y eso creaba dificultades. Porque él, ciertamente, no tenía la menor idea al respecto. Ni siquiera Zomak, al parecer.

Y apoyándose en esa realidad incontrovertible, replicó vivamente el alquimista, como si ello fuese algo perfectamente, natural:

—No. No tengo la menor idea, hermano. Mi viejo amigo nunca me habló de ello. Sé el valor que tiene, y de eso no voy a hablar ahora con vos, y menos aquí.

—Ya —el monje le estudió, pensativo. Luego, rió entre dientes—. Es obvio que tenéis que conocer lo que os traje desde tan lejos, confundido con mis cosa de siempre. La persona que me hizo entrega del presente, me avisó en particular de ciertos riesgos...

—Creo entender de qué riesgos habló, hermano.

—Tal vez lo sepáis. Pero no estará de más que os aluda a ellos —

se tocó, calmoso, su vieja cruz, la inevitable Crux Aldavia de su pecho, en tosca madera de abeed, salpicada de inscripciones religiosas, símbolos y dibujos cabalísticos de tipo esotérico—. ¿Sabéis que existe en todo esto riesgo de muerte para ambos?

—¿Riesgo de muerte? —repitió Nivlo, fingiéndose ignorante de todo ello.

—Eso dije. Yo he aceptado la misión, porque soy viejo y nada me asusta. Pero no estará de más que os avise de que peligrosos enemigos, interesados en impedir esta transacción de ahora y sus posteriores consecuencias, nos pueden vigilar desde cualquier punto de este establecimiento de corrupción y vicio.

—Bueno, puestas así las cosas… —y aunque Nivlo conocía esa peligrosa realidad inicialmente, impresionado por la advertencia del peregrino, estudió el ambiente en torno, tratando de adivinar si algún ebrio cliente del local, o alguna mujer de las que se vendían descaradamente entre las mesas del mesón, riendo procazmente o dejándose acariciar sin recato por los soeces clientes del Vultaj Rojo. Muy despacio, añadió, tras una pausa contemplativa—: De cualquier modo, creo que nuestra seguridad está fuera de toda duda. Nadie me ha seguido a mí. Nadie me vigila. Nadie sospecha de nuestra entrevista de hoy… ¿Acaso de vuestra persona sí se preocupan, hermano?

—Espero que no —sonrió apaciblemente el monje Kabuc—. Solamente soy un pobre viajero humilde, miserable e insignificante, que a nadie puede intrigar. Lo que yo lleve conmigo, amigo mío, no creo que llegue a conocimiento de persona alguna…

—Confiemos en que así sea. Y para más seguridad vuestra, hermano…, espero que me hagáis depositario de ello. Es la mejor forma de quedar al margen, depositando toda responsabilidad en mi persona.

—Cierto —rió entre dientes el monje, bebiendo de nuevo el excelente y fuerte vino de zamuz. Se limpió la boca de un manotazo, y volvió a oprimir su Crux Aldavia con aire místico, para comenzar a decir apaciblemente, en un tono susurrante—: Yo, amigo, creo que es llegado el momento de…

Ese momento, si realmente era para algo decisivo, nunca llegó.

Cuando menos, en la amplia sala de la cantina del Vultaj Rojo,

estalló el infierno con una virulencia insospechada.

Y en ese repentino caos de violencia y de muerte, se ahogó acaso para siempre el mensaje traído por el monje Kabuc hasta la ciudad comercial de Arcaría...

* * *

Fue un repentino estallido el primer indicio de violencia.

Y el estallido tuvo lugar bajo la mesa misma ocupada por los dos hombres. La madera reventó, en astillas flamígeras. El infortunado Kabuc, monje de las Tierras del Sur, saltó atrás, con un brusco alarido de horror, incendiados sus canosos cabellos, ennegrecido el rostro, inflamadas sus ropas de tosco ermitaño.

Nivlo estuvo en guardia todo el tiempo, menos en aquel preciso instante. Por ello el estallido de virulencia le sorprendió prácticamente indefenso. Cuando quiso darse cuenta, su cuerpo volteaba entre humo, destrozos y sangre, malherido también, como Otras muchas personas en derredor, cuyos cuerpos descubrió, desgarrados y sangrantes, entre chorros de vino rojo y restos del alegre local nocturno.

Hydra, en el escenario, había desaparecido. Las últimas notas de una dulce vikulai, se perdían en el aire, mientras el músico agonizaba, con el cráneo hendido por la explosión súbita, no lejos de ellos...

Nivlo, tambaleante, viendo correr la sangre entre sus dedos crispados, se alejó de los restos de la mesa, del malherido o agonizante monje Kabuc, de aquel caos horrible y sangriento, en el que se veía repentinamente inmerso, sin saber concretamente la razón. Ni saber por qué estaba sucediendo todo aquel horror.

Los gritos, llantos y lamentos de la gente herida, asustada o en fuga, por todo el recinto del Vultaj Rojo, no era sino parte del alucinante pandemónium repentinamente provocado allí por la explosión que interrumpiera trágicamente las palabras del peregrino, y llevara el caos a la posada.

El alquimista no entendía lo que estaba sucediendo, pero,

inconscientemente, algo acudía a su mente, en tanto se movía hacia la salida del local: de alguna forma ignorada, los enemigos de Zomak, el mercader, habían descubierto su posible contacto nocturno con un emisario llegado de afuera.

Y el ataque criminal tuvo lugar, pese a cuanto confiara el monje. Pese a cuanto esperara a su favor el propio Zomak.

Un ignorado explosivo había hecho saltar la mesa. Y, con ella, provocando heridas de muerte en el infortunado peregrino Kabuc, llegado de tan lejos. El mismo, ahora, estaba vivo por simple milagro.

Pero eso no iba a durar mucho. Lo intuyó apenas se encontró más cerca de la puerta de la posada, tosca hoja de recia madera claveteada, que conducía al dédalo de calles populosas de la ciudad comercial, convertidas de noche en simple vía de rufianes, granujas y vividores de la peor especie.

Ese portalón se abrió. Y del exterior, entre unas ráfagas de viento helado del norte, que arrastró polvo rojizo al interior, llegaron ellos.

Los Asesinos de la Calavera.

Capítulo III —PODER TENEBROSO

¡Los Asesinos de la Calavera!

Nivlo, asustado, se echó atrás. Entendía bien lo que significaba aquello. Por primera vez, supo que no tenía solución posible. Estaba sentenciado a muerte. Igual que el monje Kabuc. Igual que Zomak, de haber acudido el astuto mercader a su cita de aquella noche en la cantina del Vultaj Rojo...

Los ejecutores siniestros estaban allí. Frente a él. Dominando la única salida existente. Encarándose abiertamente a él.

Sabían que él era la persona señalada. Lo sabían. E iban a por él.

Con un solo motivo posible, tratándose de quienes se trataban.

La muerte. Su muerte...

—Cielos, ellos... —jadeó Nivlo, estremecido, apoyándose en una recia columna de madera, conteniendo a la vez la sangre que brotaba de uno de sus brazos heridos—. Eso significa morir... Morir inexorablemente...

No tenía duda alguna sobre ello. Los tenía frente a: sí. Y conocía su aspecto. Sabía de aquellos ejecutores implacables lo que sabía todo el mundo.

Eran los fieles servidores de las tinieblas, los llamados Siervos de Zsac. Los Asesinos de la Calavera...

Sus hábitos negros, sus caperuzas sobre el rostro, ensombreciendo éste, con una especie de carátula o máscara de materia blancuzca, endurecida, similar al hueso, fingiendo rostro de calavera...

Y en sus manos huesudas, ceñidas por aquella especie de membrana lívida que se adhería como un guante a sus largos dedos, las armas temibles...

Las espadas ardientes de la Muerte.

Delgadas, largas hojas flamígeras, centelleantes., que despedían bocanadas de fuego apenas se agitaban, sujetas con fuerza por su empuñadura. La gente, horrorizada por su espantable presencia, gritaba, huyendo en tropel, dejando solo ante el enemigo siniestro a la única persona realmente condenada. A la que buscaban los ejecutores de faz de calavera y hábitos sombríos.

A Nivlo, el alquimista.

—No entiendo... —jadeó éste—. ¿Por qué? ¿Por qué me miráis así? ¿Qué os hice yo, qué mal he cometido para merecer vuestra cólera, hijos del infierno?

—Sabes demasiado, y buscaste una verdad peligrosa...— sentenció en un ronco murmullo hueco la voz del que parecía jefe de la escuadra diabólica de los Asesinos de la Calavera, con un centelleo maligno de su espada llameante en el aire—. Seas quién seas, debes morir. Es la sentencia. Y nosotros siempre ejecutamos las sentencias dictadas por el Gran Zsac...

Le estaban rodeando, en un cerco temible de asesinos enlutados, de flotantes ropas, de negras estameñas dantescas. Las manos huesudas, movían hacia su cuerpo encogido e indefenso las llameantes hojas de acero flamígero.

Nivlo, alquimista notable, no llegaba a ser mago ni hechicero. Sus artes se limitaban a la alquimia de su laboratorio, a las pócimas y a las fórmulas de su ciencia oculta, pero no podía enfrentarse a fuerzas desencadenadas como aquellas.

Demasiado tarde, lamentó haberse arriesgado a tanto, sólo por una vieja deuda y un poco de dinero para cubrir su humilde vida, ahora que su hija Liria volvía de estudiar en las frías tierras de Gelix, y necesitaría vestir y vivir conforme a su condición, hasta que encontrase un destino adecuado a sus virtudes.

Pero ya era tarde para eso. O para cualquier cosa. Nadie podía librarle de morir ante las hojas de ardiente llama mortal que empuñaban los siniestros monjes negros, siervos leales de Zsac, amo de las tinieblas...

Nadie... excepto un hombre llamado Rolkan.

* * *

Rolkan no sabía qué hacer esa noche. Llevaba tiempo viajando, luchando, perdiendo largas jornadas entre pugnas, batallas y reposos bajo las estrellas del Sistema Solar de Roe. Quizá por eso, como todo guerrero, ambicionaba algo más. Algo tosco y vulgar para muchos. Algo imprescindible para un soldado: buen vino, mujeres, una partida en una mesa, un rato de diversión en la noche...

Había algunos sitios adecuados en Arcaría. Sus angostas calles, desiertas en las horas de la oscuridad, se poblaban de luces y de llamadas tentadoras en los puntos más sombríos y disimulados. Garitos, lupanares y tabernas, eran un reclamo para el guerrero sediento, ávido de placeres.

Rolkan no era diferente a los demás. Nunca se consideró un superhombre. Ni tampoco lo era en modo alguno. Sencillamente, era un hombre, un luchador. Eligió su sitio en la noche.

Y ese sitio, casualmente, fue una de las cantinas menos degeneradas de Arcaría, aunque como todas, poco recomendable para otra clase de clientes, apenas caía la tarde en la ciudad de los mercaderes. Rolkan escogió el Vultaj Rojo.

El alto, poderoso, titánico guerrero zerio de larga cabellera rebelde, rostro ascético y rudo, como tallado en bronce o dura piedra oscura, cuerpo de estatua titánica, y músculos de seda y terciopelo a veces, de granito y acero otras, llegó al Vultaj Rojo un poco tarde. Escuchó el estruendo de la explosión a alguna distancia de la callejuela sinuosa y lóbrega donde se hallaba colgando la muestra escarlata del establecimiento. Sabía que los habitantes civilizados del planeta Lagak, sus vecinos, disponían de poderosos ingenios explosivos. Pero no así la civilización primaria de Izak, donde estaban prohibidos los elementos inflamables, por un viejo decreto de los pueblos kroos, tras la interminable y sangrienta Guerra de las Dos Centurias, allá en la Época Lúdica.

Ello le hizo detenerse, sorprendido. Enarcó sus cejas violentamente. Escuchó gritos, confusos ruidos, indudable convulsión tras el estallido inexplicable.

—¿Qué significará eso? —se preguntó en voz alta, perplejo—. ¿Quién ha sido capaz de quebrantar las leyes, manipulando un explosivo?

Avanzó unos pasos, pensando olvidarse del asunto dentro de la cantina elegida para pasar la noche. Los encantos físicos de la opulenta y lúbrica Hydra, bailando sensualmente en el estrado, ostensible su desnudez pagana, no eran ajenos a su decisión de aquella noche.

Pero justo cuando llegaba a la puerta claveteada de la cantina, descubrió a los misteriosos, temibles encapuchados de la noche.

Rolkan nunca estaba demasiado tiempo en ninguna parte. Incluso una ciudad populosa y de vida agitada como era Arcaría, le era a veces poco menos que extraña. Viajaba mucho, y con frecuencia. Pero aun así, conocía a los Asesinos de la Calavera.

Nunca les vio cara a cara antes de ahora. Sólo oyó hablar de ellos con respeto, con temor o con pánico.

Y eran aquéllos. Contó hasta una decena. Sus espadas, al ser desenvainadas de sus fundas de piel, centelleaban ardientes en la

noche. Conocía su naturaleza: mágicas espadas de fuego, al servicio del Mal.

El tropel de encapuchados de máscaras de lívidas calaveras, descendió de sus caballos unicornios, a la puerta de la cantina del Vultaj Rojo, para entrar en ésta, con aspecto de saber muy bien lo que buscaban. Otros tres encapuchados, armados igualmente con las poderosas armas llameantes, se quedaron en la calleja de tosco empedrado y muros grises y sombríos.

Dentro de la cantina, una voz gritó, oyéndose en la calle a través de los vidrios emplomados de un ventanal desgajado por la reciente explosión:

—¡Apartaos todos, cobardes asesinos! ¡Nivlo no se asusta fácilmente, ni siquiera en el momento de la muerte!

—Nivlo… —reflexionó Rolkan, frotándose el mentón—. Nivlo, el Alquimista. Es el padre de Liria, el hombre a quien he conocido hoy, al llegar a Arcaria…

Era todo cuanto quería saber. Su rostro se crispó fieramente. Estudió a los tres encapuchados de luto. Sus caretas de calavera le dejaban indiferente. Le hubiera ocurrido lo mismo aunque esos rostros descarnados hubieran sido los propios de aquellos asesinos. No temía a nada, natural o sobrenatural. Nunca lo había temido. Ni a la misma Muerte. O quizá a ésta menos que a nada ni a nadie…

Ellos estaban seguros de mantener a distancia a cualquier persona sensata. Rolkan observó que algunos transeúntes, pese a ir armados y tener aspecto, fiero, corrían despavoridos ante la demoníaca presencia de los servidores de la noche. Se perdieron en los vericuetos callejeros, sin dar más señales de vida.

El guerrero zerio se acercó pausado a la cantina. Los encapuchados le miraron, hostiles. Uno de ellos marcó en el aire un aspa con la espada flamígera, dejando flotar en la atmósfera ramalazos de luz, al señalar la letra X sobre su cabeza.

—Vete, forastero —avisó, ronca la voz—. Este no es asunto tuyo.

—Lo siento —dijo Rolkan fríamente—. Tengo sed.

—Hay muchas cantinas en Arcaria. Vete. Elige otra.

—Me gusta ésta. Vine a beber al Vultaj Rojo.

—No te pongas molesto. Vete. Estás a tiempo. Somos Siervos de Zsac, Rey de las Sombras Nocturnas. Todo el mundo en Arcaria sabe quién es y lo que significa.

—Yo no soy de Arcaria.

—Entonces, te diremos lo que es. Su palabra es ley durante las horas de la noche. Sólo se cumple su voluntad. Su magia es superior a todos. Si alguien le desafía, debe morir.

—¿Quién ha de morir en esa cantina? —se interesó Rolkan con acritud.

—Es asunto nuestro, no tuyo. Vete. Bebe en otro sitio.

—No —negó Rolkan—. Me gusta elegir yo, no que elijan los demás por mí. Me quedo aquí.

—Es inútil. No entrarás.

—¿No? —los ojos de Rolkan centellearon, burlones—. ¿Quién va a impedírmelo?

—Nosotros. Y la Ley de Zsac.

—Me gustaría verlo.

—No, no va a gustarte. Sería la muerte. Tu muerte.

estúpido.

—Aun así, me gustará ver eso —rió el guerrero zerio con sarcasmo. Y se movió hacia la puerta de la cantina—. Dejad paso. Tengo sed, fantasmones...

Las espadas llameantes se alzaron hacia él. Las tres a la vez.

Fue un ataque brusco y violento. Imprevisible para cualquiera. Pero Rolkan no era cualquiera. Estaba habituado a sufrir ataques así. Sabía cuándo los demás no bromeaban. Esta era una de esas veces.

Nadie hubiera podido escapar al trazado mágico y flamígero de las tres hojas de llamaradas mortíferas. Era como una red centelleante y vertiginosa que tenía por objeto hender su cuerpo

y su cabeza en crepitante masa informe, mutilándole con furia.

Pero Rolkan demostró que un verdadero guerrero zerio, un hombre criado en las montañas salvajes, habituado a luchar contra fieras, alimañas y hombres de la peor especie, era capaz de evitar eso y mucho más.

Los filos llameantes zumbaron en el aire, dejando pavesas y chisporroteos siniestros a su paso. Ni un solo cabello de la fiera cabeza de Rolkan, el zerio, fue rozado por aquellas temibles hojas candentes movidas por las criaturas perversas de la noche.

Sin embargo, en justa réplica a aquel mortal ataque colectivo, Rolkan se limitó a girar sobre sí mismo, tras las fintas increíbles de su cuerpo elástico, de felino humano… y esgrimió tu terrorífica, gigantesca hacha de doble hoja.

La volteó una sola vez, en círculo, en torno suyo, dando al cuerpo y a sus brazos musculosos el impulso de una honda.

Tres caperuzas, tres cabezas, tres máscaras lívidas de calaveras, saltaron por los aires, en medio de un torrente sangriento que barrió de rojo el muro gris de la cantina, e incluso su puerta.

Había decapitado limpiamente a los tres Asesinos de la Calavera. De las manos agarrotadas, escaparon los espadones llameantes que, al tocar el suelo, acaso roto su maleficio inexplicable, por la muerte de sus poseedores, se apagaron, mostrando sólo la hoja de acero y la empuñadura negra, con una calavera incrustada, en blanco lívido.

Rolkan no comprendió siquiera el espectáculo de su incisiva victoria. En vez de ello, cargó contra la puerta, empujándola. Penetró en la cantina cuando una decena de encapuchados siniestros, con sus inevitables espadas llameantes, se precipitaban ya, en cerco tenebroso, sobre el alquimista a quien conocía como padre de Liria.

—¡Rolkan! —gritó Nivlo, sorprendido, al verle aparecer—. ¡Rolkan, vete, por los dioses! ¡Son asesinos sin conciencia ni piedad! ¡Matan a quien sé les enfrenta, sea quien sea! ¡No corras riesgos por mí! ¡Vete, Rolkan, y cuida de mi hija, si lo precisa, no de mí!

—Lo siento, amigo —suspiró el guerrero, con resignación—. Me gusta hacer lo que me parece. Y me divertiría mucho aplastar a

ese grupo de. asquerosos esbirros…

—¡Fuera, insensato! —aulló el cabecilla del grupo siniestro, revolviendo airado hacia él su carátula de calavera descarnada—. ¡Los Siervos de Zsac, el Tenebroso, son omnipotentes en la noche…!

—Lo fuisteis hasta hoy, supongo —rió sarcástico Rolkan, contemplándoles con escasa simpatía—. Me habéis cansado, fantoches. Tres de vuestros compinches yacen afuera, con la cabeza cortada. ¿Quiénes de entre vosotros quieren seguir su suerte?

—¡Atacadle a muerte! —rugió su interlocutor, enarbolando la espada llameante—. ¡Muerte a los intrusos!

Media docena de encapuchados se dirigieron hacia él, mientras sólo cuatro de ellos rodeaban a Nivlo el alquimista, con ánimo de terminar en pocos instantes con las vidas de ambos adversarios.

Y por cierto que todo daba la impresión de que las cosas iban a resultar sumamente sencillas para los llamados Asesinos de la Calavera, cuya ventaja era absoluta frente a sus adversarios.

Rolkan se cuidó de demostrar que todas las apariencias eran falsas, y todas las impresiones previas un tremendo e increíble error.

El alto, poderoso, gigantesco y arrogante guerrero de Zeria, cargó contra los encapuchados con su sola arma primaria: la rudimentaria hacha de doble hoja curva, especie de enorme alabarda afilada, que descargó un mazazo escalofriante sobre los dos primeros agresores.

Nivlo, aturdido, descubrió que el volteo del arma temible de Rolkan, desgarraba túnicas y caperuzas, reventaba en pedazos las mascarillas pálidas con faz de esqueleto, y rompía en un alud de sangre los cuerpos ocultos por aquellos ropones sombríos y amplios.

Las espadas llameantes, inútiles, saltaron lejos de las manos de aquellos dos encapuchados, cuyos cuerpos rodaron por los suelos, entre regueros escarlata. Pero los otros cuatro atacantes, lograron tocar con alguna de sus espadas a Rolkan.

Aulló con dolor el guerrero, al sentir su piel abrasada por el

contacto de aquel metal candente, accionado por ocultas magias de las tinieblas que él no entendía ni tampoco temía en modo alguno.

Se miró la herida sangrante y oscura en el bíceps izquierdo. Y con una cólera terrible que le hizo llamear los ojos como una fiera herida, cargó contra los enemigos.

Nunca un ser viviente fue más terrible y devastador que el enfurecido Rolkan entre cuatro adversarios. Sus dos brazos eran aspas de molino, sus manos zarpas rabiosas. Descargó contra uno de los encapuchados un trallazo tal con su brazo, que le estrelló contra el muro, derribándole como un animal desnucado. Al vuelo tomó su espada ardiente, y la esgrimió contra los demás, con su mano zurda desnuda, sin soltar el hacha formidable con su diestra.

Con ambas armas, se convirtió en un torbellino devastador. Cuerpos hendidos, cabezas cortadas y túnicas llameantes, fueron el resultado de su ataque tremendo contra el enemigo tan superior en número...

Sin apenas dar crédito a su ojos, Nivlo descubrió al fin el panorama desolador e increíble que le rodeaba.

No sólo los tres últimos enemigos de Rolkan, sino los cuatro que a él le pretendían atacar, yacían entre mesas y sillas de la ensangrentada, convulsa cantina.

Rolkan, en un alarde sobrehumano de sus fuerzas titánicas, su coraje y su virulencia, había logrado terminar con todos, como un huracán desatado, demasiado devastador para ser contenido.

Las demás espadas yacían en tierra, apagadas, convertidas en simples hojas de acero ya inofensivas. Y, cosa extraña: la espada de Rolkan, la obtenida de uno de sus rivales, estaba despidiendo chispas y llamaradas, tras haberle ayudado a aniquilar a los enemigos.

—Que el diablo me lleve si lo entiendo, Rolkan —musitó Nivlo—. ¿Eres acaso mago y guerrero a la vez?

—Sólo guerrero, y con honra, Nivlo —dijo solemne Rolkan—. ¿Ror qué lo preguntas?

—Esa espada... Las leyendas hablan de magias y poderes

sobrenaturales, de armas incandescentes y fuegos del infierno, pero nadie que no sea brujo puede mover esas fuerzas a voluntad. Las espadas que dejaron de ser esgrimidas, reposan en tierra, convertidas en simples formas de metal, como cualquier otra arma... Pero tú, Rolkan, empuñas aún un arma de acero llameante...

—¿Crees que todo cuanto uno no entiende o conoce puede ser magia? —inquirió Rolkan, riendo—. No debes pensar así si eres alquimista, Nivlo. Mira lo que es simplemente esta espada maravillosa que ves en mis manos...

El guerrero Zerio arrojó la espada a sus pies. Inmediatamente, chisporroteó, apagándose su fuego y convirtiéndose sólo en un arma más, como cualquier otra. Nivlo pestañeó, ante la sonrisa burlona del joven y poderoso guerrero.

—No entiendo... —murmuró el alquimista—. Ya no flamea esa hoja de acero tuya...

—Pero lo hará apenas la empuñe —rió el guerrero, demostrándolo prácticamente. Y apenas se inclinó y rodeó con sus firmes dedos la empuñadura, la espada volvió a despedir mágicamente chispas y llamas en abundancia, ante la mirada atónita de Nivlo—. ¿Lo ves, amigo?

—Dime cuál es esa magia que no logro entender...

—Ninguna magia —rechazó Rolkan, irónico. Volteó el arma prodigiosa—. Algo mucho más simple y natural... Mira la espada. Contempla la calavera que lleva en su empuñadura. Es un grabado. Pero también es un resorte. Basta oprimirlo cuando se alza la espada... y ésta se torna de fuego. Una energía interior que no entiendo, pero que actúa al oprimir yo la calavera de la empuñadura, es toda la magia escondida de este arma... Y así debe ser todo entre esa legión de asesinos. No sirven a un dios, como afirman. El tal Zsac debe ser un astuto ser humano que sabe rodearse de supersticiones para ser temido. Nuestro mundo actual es un mundo de poderes mágicos y de brujerías poderosas, pero no siempre luchamos contra brujos y magos, Nivlo. Igual que tu alquimia tiene un fundamento científico, la magia de esos farsantes se basa en procedimientos a veces muy naturales, aunque disfrazados para impresionar a las masas... Abusan de nuestra ignorancia, Nivlo.

—Yo sé eso, aunque me haya sorprendido el truco de la espada de fuego, Rolkan, pero lo que me admira es tu astucia y sabiduría. Si eres sólo un guerrero de Zeria, ¿cómo puedes ser tan inteligente?

—Nadie me dio a mí nunca conocimientos ni estudios —sonrió Rolkan, ceñudo—. Pero cuando nací, los dioses me dieron inteligencia para algo. Me limito a utilizarla, Nivlo.

—Te creo —suspiró el alquimista, mirando en torno a la aterradora situación del ensangrentado figón, abandonado ahora a su sola presencia—. Y me gustaría poder tener tu misma inteligencia para utilizarla en este caso, y tratar de averiguar por qué ha sucedido esto, por qué mataron al monje Kabuc, por qué tenía miedo mi amigo Zomak..., y por qué los Asesinos de la Calavera buscaban también mi muerte...

Rolkan le escuchó, sin decir nada en principio. Luego, caminó en silencio hasta la mesa destrozada por la explosión. Se inclinó sobre el cadáver sangrante del infortunado peregrino Kabuc, y tomando su Crux Aldavia la arrancó suavemente, con su atadura de cuero, sujetándola en su mano. Se persignó con ella, reverente con el difunto. Y se volvió despacio, caminando hacia Nivlo Miró lealmente al alquimista.

—Cuéntame lo que sucedió exactamente —dijo—. Iremos a tomar una jarra de vino de zamuz a otro sitio y hablaremos de todo ello, antes de que te escolte a tu casa, Nivlo...

Y el alquimista se sintió seguro, mientras el increíble y fabuloso guerrero zerio no se apartara de su lado.

Capítulo IV —ENIGMA

Rolkan permaneció silencioso, taciturno.

Ambos hombres caminaban en la noche, por el dédalo de callejuelas silenciosas, dejando atrás el centro de la ciudad,

menos bullicioso a medida que transcurrían las horas de la madrugada.

Estaban cada vez más cerca de la vivienda de Nivlo, el alquimista. La conversación entre ambos, iniciada ante dos buenos vasos de vino, en una pequeña posada de mercaderes del barrio antiguo de Arcaría, había terminado poco antes, durante el paseo nocturno.

—...Y eso ha sido todo, Rolkan —concluyó, pensativo, Nivlo.

El guerrero siguió andando, junto a su acompañante. Su rostro enjuto, vigoroso, no habría revelado emoción alguna. Cierto que eso parecía difícil en un hombre de su aspecto, duro y granítico, con la faz igual que una talla en piedra viva. Pero los ojos oscuros y profundos de Rolkan sí eran expresivos, centelleantes y agudos, en ellos estaba siempre el fiel reflejo de sus emociones e ideas interiores.

—Es una rara historia —dijo por fin.

—¿Rara? —Nivlo se encogió de hombros—. Supongo que sí lo parece. Yo no debí aceptar ese encuentro, puesto que él tenía miedo de acudir...

—¿Cómo supo Zomak, el mercader, que ese hombre había de reunirse con él en la posada del Vultaj Rojo?

—Recibió un mensaje llegado de lejos, anunciándole! esa visita. De eso hace algún tiempo. Ya sabes que los peregrinos tardan en recorrer los largos senderos de nuestro mundo.

—¿No llegaste a saber qué es lo que traía consigo ese monje, para entregarlo a Zomak?

—No, no lo sé. Entonces tuvo lugar la explosión.

—Debimos registrar al muerto. Supongo que ahora será tarde. Alguien se nos habrá anticipado, después de irnos del mesón... —se encogió de hombros Rolkan—. ¿Tienes alguna idea de su naturaleza o significado?

—No, en absoluto.

—¿La tenía el hombre que te dio el encargo?

—¿Zomak? No lo sé. No aclaró nada. Lo único cierto es que tenía miedo a algo o a alguien.

—¿Tampoco explicó la razón?

—No, tampoco. Tenía prisas porque yo aceptase el encargo. No se paró a detallar. Y yo, ante el dinero que me perdonaba y el que me regalaba… terminé por aceptar. Las cosas no han ido bien últimamente.

—Entiendo —sacudió el guerrero la cabeza—. Las cosas rara vez van del todo bien, Nivlo. Especialmente, en esta ciudad de comerciantes y ladrones.

—Además, está mi hija… Quise que estudiara, que fuese diferente a muchas otras mujeres que viven en la ignorancia. Nuestro pueblo necesita saber, aprender, no hundirse en la oscuridad en que vive hace períodos enteros, Rolkan.

—Eso es muy loable. Tienes una hija hermosa e inteligente. Vale la pena darle esos estudios, sí. Pero en esta ciudad terminará por hundirse en la mediocridad y en la rutina. No hay nadie que aprecie la inteligencia o los conocimientos. Sólo quieren comprar, vender, buscar mercancías o deshacerse de ellas…

—Pero también necesitan naves. El comercio con el planeta Lagak se intensifica. Y ya se piensa en fletar aeronaves de mercaderías, para competir con precios con ellos. Liria sabe ahora la ciencia de tripular naves, de viajar a los espacios exteriores del planeta.

—Es un bello trabajo ése —convino Rolkan. Arrugó el ceño—. Pero dejemos ahora a tu hija, Nivlo. Es tu vida la que cuenta. ¿Te has dado cuenta de que al aceptar ese extraño encargo la has puesto en peligro?

—Supongo que eso ya pasó.

—Supongamos que no, Nivlo.

—¿Qué quieres decir? —se detuvo él, volviendo la cabeza para contemplar, preocupado, a su alto y poderoso acompañante.

—Lo que te he dicho. Quizá no todo termine con tu marcha de la posada del Vultaj Rojo, amigo. Esas mismas personas que quisieron eliminarte, enviándote a los servidores de Zsac, tras la

explosión en que halló la muerte Kabuc, el monje, es posible que sigan empeñadas en lo mismo...

—Espera. Ahora que hablas así... —entornó los ojos Nivlo, preocupado—. Ellos hablaron de que yo buscaba la verdad, y que sabía demasiado, y todo eso era peligroso... ¿Qué crees que quisieron dar a entender con todo ello?

—Me gustaría saberlo. Pero nada bueno, ciertamente.

—Nunca les vi antes de ahora —confesó el alquimista—, llegando ya a la puerta de su casa, y deteniéndose ante ella—. Por tanto, no es fácil que ellos me sigan o vigilen a partir de este momento...

—Eso no puede saberse a ciencia cierta, cuando son las fuerzas de la oscuridad las que actúan. Zsac es mitad hombre, mitad brujo. Una mezcla de dios maligno y humano perverso. Por algo envió a sus turbas a aquella posada. Igual que supo de Kabuk y de su cita, sabrá ahora de ti... y de mí.

—Rolkan... —le miró, con la mano apoyada en la recia madera reforzada de hierro de su vivienda—. No me gustaría que, por mi culpa, tú te vieras en problemas durante tu estancia en Arcaría.

—No habrá sido por tu culpa, sino por la mía —sonrió el guerrero, encogiéndose de hombros. La luz de aceite de jokk de una hornacina callejera, hacía brillar como mármol sus poderosos músculos—. Bien, Nivlo, te deseo buena noche. Mañana es posible que nos veamos. Vigila tu. casa y cuida tu salud. Trata de averiguar qué pretendía Zomak, y apártate de él si puedes. No hay dinero que pueda comprar la tranquilidad o la vida. —Tus palabras rebosan sabiduría auténtica, Rolkan —admitió el alquimista, con un suspiro. Abrió la puerta, utilizando la vieja y pesada llave que extrajo de entre los pliegues de sus ropas de burgués ciudadano de Arcaría—. Buenas noches, y que los dioses velen tus sueños.

—Así sea también contigo, amigo —se despidió el guerrero.

Dio media vuelta, alejándose en la noche. Apenas había recorrido unos grupos de oscuras y silenciosas viviendas, en dirección al lado oriental de la ciudad, cuando el alarido de terror y angustia del alquimista Nivlo le hizo girar sobre sí mismo y echar a correr sin pérdida de tiempo a través de la noche, convertido en una fantástica figura vertiginosa, auténtica armonía de músculos y

fibras en acción.

Nivlo permanecía encogido en medio de la estancia, entre lámparas de aceite de jokk, contemplando con horror la escena.

Así le halló Rolkan el guerrero, cuando penetró rápidamente en la vivienda, esgrimiendo con dedos nervudos y expresión fiera su espada actual, el arma llameante de los servidores de Zsac, los tenebrosos Asesinos de la Calavera.

Rolkan se precipitó sobre el alquimista, zarandeándole con mano ruda. Le interpeló, enérgico, ante su mutismo alelado:

—¡Nivlo! ¿Qué sucede ahora? ¿Por qué ese grito, por qué ese gesto?

El apenas si atinó a balbucear una palabra. Una sola, reveladora para el guerrero zerio:

—Liria... Liria...

—¡Tu hija! —estalló violentamente Rolkan. Y buscó con la mirada...

Sus ojos se encontraron con el vestido rasgado, color de frutos maduros, allá en el suelo, cerca de los escalones de piedra que subían a una cámara. Y también las cuentas cristalinas de un collar, rodando por los escalones.

Y gotas de sangre humana, en reguero...

Apretando los labios con ira, subió escaleras arriba. Levantó con furia una cortina de seda recamada, color púrpura y azul, como los crepúsculos del norte de Izak.

No vio rastro de la presencia de Liria, la hermosa dama de los cabellos de plata. Pero descubrió un lecho volcado, ropas por los suelos, frascos de perfumes, rotos en tierra, derramando su esencia y su aroma por el ámbito desolado.

Había habido lucha. Y Liria no estaba. También descubrió gotas de sangre ante el tocador. Y en los fragmentos de vidrio ambarino, de Vitroxil, procedente de las tierras heladas de Gelix, donde morase Liria durante su período de estudios. Un espejo quebrado por la lucha violenta. Sin duda, el arma con el que se hirió alguien. Acaso ella misma...

—¿Qué pudo suceder aquí? —jadeó el guerrero—. Tu hija fue atacada, secuestrada sin duda…

—Acaso muerta, Rolkan —sollozó Nivlo, descompuesto el semblante—. Acaso asesinada ya…

—No, no lo creo. No la mataron, estoy seguro. —¿Cómo puedes tener tanta confianza en eso? Los indicios…

—Los indicios hablan de rapto —declaró Rolkan, grave su semblante de rudo guerrero curtido en mil batallas, pese a su juventud en años—. Y nadie rapta un cadáver, Nivlo…

—Eso es verdad —un soplo de confianza, de ánimo esperanzado, alentó en la voz y el gesto del alquimista ahora. Estiró sus brazos delgados. Sus manos huesudas y sensitivas aferraron los músculos crispados de aquellos brazos poderosos del luchador zerio. Le apremió, trémulo—: Por los dioses, Rolkan. Por mi dolor de padre desesperado… Haz algo, ayuda a Liria, si ello es posible… Tú no nos conoces de nada a ambos, y ya te debemos dos favores inapreciables, como son los de haber salvado nuestras vidas… Yo te ruego, si es por dinero, que puedo darte hasta dos mil kovlas por tu trabajo, si buscas a mi hija y la recuperas sana y salva.

—Guarda tu dinero, Nivlo. Yo la buscaré, pese a todo —le miró largamente—. La buscaré porque es una mujer sola y desvalida, en poder de enemigos acaso crueles y feroces. La buscaré porque es tu hija, y porque es joven y hermosa. Pero, sobre todas las cosas, la buscaré porque la amo —terminó declarando inesperadamente, para asombro del alquimista.

—Amas a Liria… ¿Cómo puedes amar a una mujer a quien apenas conoces?

—Se ama la luz de los soles, el aroma de las flores silvestres, la libertad y la vida, casi sin conocerlas, Nivlo. Así amo yo a tu hija. La vi una vez. Tuve oportunidad de salvar su vida, su libertad acaso, cuando los humanoides-reptiles de Aquor la atacaron cerca de las orillas de sus mares. La vi unas jornadas de viaje, hacia Arcaria. Y eso bastó para sentir amor por ella. Un amor imposible, lo sé.

—¿Imposible? ¿Por qué imposible, Rolkan?

—Ella es tu hija. Una mujer de estudios. Una dama de otra

condición distinta. Yo… sólo soy un guerrero. Debo buscar esposa en las aldeas kroos, no en la ciudad de los mercaderes o en los ambientes familiares burgueses. No son mujeres para un hombre como yo. Hay cosas que están escritas y no pueden cambiarse, Nivlo. Tú entiendes eso.

El alquimista le miró, vacilante. No respondió.

Habían llegado. El carruaje, tirado por dos unicornios grises, se detuvo ante la amplia extensión cercada, en cuyo centro se alzaba la edificación cuadrangular, con sus grandes carteles escritos en lengua de los escribas arcarios:

«CENTRO COMERCIAL DE ZOMAK»

—El dirá que nada sabe de mi hija Liria… —suspiró Nivlo, poco esperanzado, sacudiendo su cabeza con desaliento.

—El nos dirá cuanto sepa —afirmó Rolkan, empuñando con mano maciza las riendas del vehículo, antes de atarlas a la argolla de hierro de la entrada—. Vamos ya.

Los dos hombres avanzaron por entre cercas donde se alimentaban diversos animales comestibles de Izak, desde lanudos jokks a crías de potros de los Oañaks, pasando por aves domésticas, felinos y toda clase de mercancías vivientes, por las que se pagaba buena moneda en los mercados de Izak o de Lagak, el vecino planeta de mercaderes del espacio.

Había gente trabajando para el comerciante. Hombres rudos y fuertes, con el emblema del mercader en las anillas de sus vigorosos brazos. Cargadores, porteadores y escribas anotando cifras y envíos, pagos y cobros.

—Eh, vosotros —llamó uno, parando de escribir en un largo rollo de papel apergaminado de bajj—. ¿Adonde vais y qué buscáis?

—Buscamos a tu patrón —se anticipó Rolkan a lo que pudiera decir Nivlo—. Es urgente.

—¿Vendéis algo? —se extrañó el otro—. Yo no veo que portéis bulto alguno. ¿O acaso compráis? Si es así, no se reciben ofertas

de compra hasta las...

—Ni vendemos ni compramos —cortó Rolkan, seco.

—En ese caso, perdéis vuestro tiempo y nos lo hacéis perder a nosotros —atajó el escriba, con aspereza—. No tenéis el aspecto lo bastante miserable para ser pedigüeños a peregrinos, de modo que dejad de molestar y largaos, sea cual sea el motivo de vuestra visita.

Rolkan no respondió a eso. Se limitó a llegar hasta el escriba autoritario. Y, de repente, le puso una mano en el hombro, cerrándola con naturalidad. Cuando alzó el brazo, el escriba colgaba de su mano, sujeto por la clavícula, como si fuese un pequeño jokk del corral.

—¡Eh! —aulló el cautivo, dilatando sus ojos—. ¿Qué me haces? ¡Suelta o haré que te apaleen...!

—¿Quién va a apalearme? —rió el guerrero, mirando en torno a los demás trabajadores—. ¿Tu personal? Vamos, escribiente. Podría tumbar a todos ellos sólo con un volteo de mis brazos desnudos, no me hagas reír. Quiero ver a tu patrón, eso es todo. Y vas a llevarnos hasta él, sea o no sea hora de visitas, ¿entendido?

—Sí, sí... —terminó jadeando, asustado. Señaló hacia el fondo, con mano trémula—. El se fue hace rato... Estará en los almacenes de mercadería, allá al final, cerca del cosmodromo de naves de Lagak. Se espera la salida de una de las naves de mercaderías para ahora mismo, con dirección a ese planeta...

—Por tu bien espero que no nos engañes —masculló Rolkan con fría amenaza en su voz—. Y no os molestéis en intentar detenerme el paso. No lograríais sino complicaros la vida.

Hizo un gesto a Nivlo. Los dos hombres siguieron adelante, sin que nadie moviera un solo dedo contra ellos.

Las tierras del comerciante eran amplias como un gran mercado. Vehículos tirados por toda clase de animales, partían con carga o bien volvían de vacío, tras depositar allí sus bultos. Al fondo, en la amplia explanada, se elevó en el cielo calmoso de la mañana de Izak, bruñida al reflejo de las luces de ambos soles, la forma plana, circular, de una de las grandes naves comerciales de Lagak.

Entre una turbulenta nube de polvo, zumbando sus motores iónicos en la atmósfera cristalina, la astronave se elevó, majestuosa, remontando pronto su vuelo, acelerando su marcha y perdiéndose en la distancia, camino del vecino planeta de comerciantes, donde la ciencia y el avance técnico estaban solamente al servicio del comercio y del dinero.

—Allá van las obras de la ingeniería de los hombres cultos de Lagak, mientras nuestro mundo languidece en el oscurantismo de esta época interminable —se quejó Nivlo—. ¿Es eso justo, Rolkan?

—Nunca es lo más justo lo que se cumple, amigo mío —habló lentamente el guerrero, con su sencilla y recta filosofía—. Nunca las cosas se hacen con la debida justicia, sea en el mundo que sea... Lo malo de estos planetas gemelos y vecinos, Nivlo, es que ambos están regidos por las mismas leyes y los mismos hombres. Y por un gobierno común, el de Ingroor, nuestro Presidente. Ingroor es un mercader sin conciencia y, como tal, sólo mira el dinero, el lucro y el poder de la moneda y de las mercancías, por encima de todo lo demás. Por eso Lagak es hermoso, rico y floreciente. Por eso Izak, es un mundo reducido a una eterna Edad Media, supersticiosa e ignorante. Ellos saben que si el planeta Izak tuviera estudios, cultura, medios, nosotros seríamos más fuertes e inteligentes que los viles mercaderes de Lagak De ahí que las cosas sean como son.

—Toda nuestra riqueza se va en esas naves. Y sólo nos dejan oro, monedas de metilk, órdenes de pago pan los centros de financiación... Luego, los recaudadores di impuestos de Ingroor, se cuidan de llevarse otra ve: gran parte de ese mismo dinero, como tributo por nuestras ganancias anuales, de regreso a las cuentas de Lagak. Es un círculo vicioso, una auténtica vergüenza sin límites. Liria, mi hija, es de las que quieren luchar contra ese estado de cosas. Y nada se consigue nunca...

—Alguna vez se conseguirá —suspiró Rolkan—. Cuan do haya muchas Lirias, muchos Nivlos. Y también muchos Rolkan, que deseen luchar por la justicia social de los pobres pueblos de Izak. Y por un futuro mejor, amigo. Eh, mira eso. Hemos llegado al almacén de Zomak...

Se detuvieron ante la edificación alargada, donde se hacinaban los fardos de toda clase de mercancías. Frente al almacén, las pistas de aterrizaje y despegue de las orgullosas naves de Lagak,

mostraban su amplitud bien cuidada.

—¿Entramos, Rolkan? —dudó Nivlo.

—Claro. ¿A qué vinimos, si no?

—La Ley prohíbe entrar en los almacenes de mercancías sin ser autorizados por su dueño previamente —señaló el alquimista—. Zomak puede hacernos castigar por la infracción, si se irrita...

—Esperemos que su deuda de gratitud contigo, le sir. va para mostrarse comprensivo con ambos —sonrió duramente el guerrero—. Vamos allá.

Y resueltamente, abriendo paso, salvó la barrera de prohibición de la zona comercial de Zomak, y entró en el almacén, fresco y umbrío, seguido del inquieto Nivlo.

En seguida le descubrió, tendido sobre, los fardos y envoltorios de pieles. Un gran charco de sangre se extendía debajo de su cuerpo encogido. Los ojos desorbitados se clavaban en la alta bóveda del almacén.

Vestía sus costosas ropas de mercader, y llevaba arandelas de oro puro en tobillos y muñecas, como distintivo de su condición social y económica.

Nivlo le identificó inmediatamente, con un grito ronco:

—¡Zomak! ¡Es el mercader Zomak! ¡Está muerto!

—Sí —afirmó fríamente Rolkan—. Le han asesinado...

En ese momento, sonó la dura voz a sus espaldas:

—Ni un movimiento, intrusos asesinos. Estáis arrestados por orden de la Ley de Izak. Un solo movimiento agresivo, y sois hombres muertos los dos.

Esta vez, Rolkan no se movió. Sabía que la amenaza no era vana, ni mucho menos.

Capítulo V —PELIGRO

—¿Y qué va a suceder ahora?

Rolkan permaneció silencioso unos momentos. Luego, su voz sonó grave:

—Según la Ley, seremos juzgados en el plazo de una jornada. Y condenados a morir en la hoguera, como todos los asesinos. Mañana, con el alba, se cumplirá la sentencia, Nivlo.

—¡Pero somos inocentes, Rolkan! —gritó el alquimista.

—Claro que lo somos. Trata de convencer a los soldados de ello. Y al Justicia General. Y a los que han de sentenciarnos mañana...

—Por los dioses, Rolkan. Esto es el fin. Tío ya el mío, el tuyo... sino también el de ella, el de mi hija Liria...

—Si nosotros morimos, me temo que la suerte de ella no sea mucho mejor. Pero aún no hemos muerto, Nivlo.

—Poco nos falta —se aferró a los pesados, recios, barrotes del ventanuco de la lóbrega mazmorra húmeda en que se hallaban encerrados—. ¡De aquí no se sale sino para la hoguera! Nunca podremos probar que encontramos muerto a Zomak, que somos inocentes de ese crimen inexplicable...

—No tan inexplicable, Nivlo. Alguien se nos anticipó, eso es todo. Y mató al mercader.

—Pero ¿por qué? —casi gritó Nivlo.

—No puedo responderte. Andamos tras de algo muy peligroso. Tanto, que ya van muertos dos hombres: Kabuc el monje, y el propio Zomak. No me sorprendería que también el viejo amigo de éste, el que entregó algo al peregrino, para serle donado a Zomak, muriese violentamente, allá en otras tierras lejanas. Tú y yo vamos a morir, y eso no es casual ni mucho menos. El asesino de Zomak preparó todo para que fuéramos cazados allí sin remedio. Incluso es posible que la propia Justicia colabore en es complot.

—¿La Justicia? —se estremeció Nivlo—. ¿Quieres decir que

aquellos soldados...?

—Es demasiado oportuna su llegada. Debían montar guardia, a la espera de nuestra llegada. Sabían que, desaparecida Liria violentamente, tras los sucesos de anoche en la cantina, buscaríamos a Zomak. De modo que mi teoría es cierta.

—¿Y cuál es tu teoría, Rolkan?

—Que todo se relaciona entre sí. Ese misterioso obsequio que tú tenías que recibir, en nombre de Zomak, es la clave de todo. Me gustaría saber qué es y para qué sirve, cuál es su valor, cuando tantas fuerzas siniestras se movilizan en su busca.

—Lo único que yo quisiera, es poder salir de aquí —gimió entre dientes el alquimista, golpeando desesperado los fuertes muros de la celda.

—Sería una hermosa cosa —convino el guerrero con ironía—. Pero dudo mucho que se logre así, dando golpes en los muros. Estos son fuertes y resisten todo. Si al menos tuviéramos armas, medios de intentar algo...

—Todo nos lo quitaron de encima, Rolkan —se lamentó Nivlo—. Incluso mis pequeñas pócimas, por si. había entre ellas algo capaz de provocar explosiones o gases agresivos... Me han dejado solamente este maldito aro de madera de abeed, con la piedra... El obsequio de Zomak por mi servicio, además del dinero...

—Oh, sí. Y a mí lo único que obtuve del pobre monje muerto en la posada —masculló el guerrero zerio, acariciando la tosca Crux Aldavia de la fe religiosa del pueblo kroo, que pendía ahora de su cuello, sobre las pieles de su tosco atavío—. Pero nada de ello puede servirnos. Ni una cruz hace milagros por sí sola, ni creo en ese anillo, con su fea piedra azul oscura...

—Zomak dijo que se lo habían regalado una vez, diciendo que era algo grande y valioso —rió el alquimista, despectivo, frotando el anillo en sus ropas, con fuerza, en un vano empeño por sacar brillo al pedrusco—. Y por todos los diablos de los infiernos de Roe, que no le veo la belleza ni el valor por parte alguna...

Rolkan se había vuelto, perplejo, escuchando a Nivlo. Contempló el anillo, la fea piedra de turbio brillo, como aguas sucias de un profundo lago oscuro, la fricción mecánica a que le sometía el

alquimista.

Y, de repente, avanzó con dos rápidas zancadas hasta su amigo y compañero de celda. Aferró su mano, contemplando muy fijo aquel anillo.

—¡Por los dioses, mira eso! —estalló roncamente el zerio—. ¿Ves lo que yo veo?

Nivlo miró, sorprendido, hacia su anillo.

Súbitamente, al efecto de la fricción, la piedra había empezado a sufrir una extraña transformación inexplicable.

De ella brotaba una especie de vaho, una bruma y una luz centelleante, diáfana, como un delgado hilo luminoso, que se hacía cegador..., ¡y que al tocar los barrotes de hierro macizo de la celda, los fundió en un instante, sin dejar rastro de ellos!

—Que me quemen cien veces vivo, si entiendo lo que... —comenzó a farfullar, estupefacto, el alquimista—. Toda mi ciencia jamás logró algo parecido con producto alguno...

—Nivlo, ten cuidado... Mucho cuidado —advirtió roncamente el guerrero, fija la mirada en el anillo. Dirige con cautela esa luz adonde sea... Cuida que no nos toque a nosotros. Si es capaz de fundir los metales, podría destruirnos en un instante.

No sólo fundía misteriosa y súbitamente los metales, sino también la piedra viva, la solidez rocosa de aquella húmeda mazmorra subterránea. Y todo cuanto de sólido tocase.

El muro y la puerta se evaporaron, apenas la raya de luz cegadora los tocó. El paso al exterior, al corredor largo, alumbrado con hachones grasientos de abeed, estaba franco ya para ellos...

—¿Y bien, Rolkan? ¿Qué hacemos ahora? —susurró Nivlo.

—¿Lo preguntas, amigo? —masculló el guerrero—. ¡Escapar! Eso es lo que debemos hacer.

—Nos detendrán. Los hombres de la Justicia, los soldados armados...

—Si esa luz es lo que creo, bastará que la enfoques sobre ellos.

Los pulverizarás.

—¡Cielos, eso es matar, aniquilar! ¡Nos perseguirán por asesinos!

—Ya nos culpan de asesinos, sin serlo. ¿Qué quieres? ¿Que nos quemen siendo inocentes, o que nos pongan fuera de la Ley con motivo, pero disfrutando aún de libertad y vida, Nivlo?

—No sé qué pensar... Será mi ruina final, Rolkan. Nunca más seré un honrado alquimista dentro de la legalidad. Jamás podré vivir en paz junto a mi querida hija Liria...

—Nivlo, si no salimos pronto de aquí, caiga quien caiga, nunca más verás la luz del día, tu hija morirá sin ayuda, en manos de sus raptores, y todo se habrá acabado para nosotros. De modo que no te lamentes... ¡y escapemos inmediatamente! Pero recuerda: enfoca esa luz sobre quien sea, o estaremos perdidos.

Salieron de la celda. Apenas enfilaron el corredor a la carrera, dos soldados armados aparecieron al fondo, contemplándoles estupefactos. Desenvainaron sus espadas, para atacarles, mientras uno de ellos gritaba, dando la alarma al cuerpo de guardia.

Nivlo, a un grito ronco de su camarada, apuntó el rayo luminoso contra los soldados.

Ambos cuerpos se fundieron en la nada. Incluso sus armas desaparecieron como por arte de una magia diabólica e increíble.

—Por los dioses, Rolkan, me aterra mi poder... —jadeó Nivlo.

—Pues a mí me complace —rió el guerrero—. Es la mejor arma que jamás conocí. Y hablando de armas, Nivlo, necesito mi espada y mi hacha, cuando menos. Hay que llegar al cuerpo de guardia, donde se quedaron con ellas.

—¡Allí hay, al menos, una docena de soldados de servicio! —protestó Nivlo, angustiado.

—Con ese anillo, es como si hubiera uno solo —silabeó Rolkan—. No tengas escrúpulos de conciencia, amigo. Los soldados de Ingroor no son sino los verdugos, los esbirros de un pueblo sojuzgado y condenado a la ignorancia. Ellos no dudan en perseguir, en matar, en ejecutar a centenares de inocentes, en utilizar sus armas en masacres dirigidas a los pueblos rebeldes

kroos, que pretenden luchar contra la injusticia y la tiranía. Cuantos más aniquiles, tanto más habrás hecho por tu pueblo…

Nivlo encajó los labios, asintiendo. Sin duda, viejas y dantescas imágenes de persecuciones, muertes y castigos viles de la opresión, acudieron a su recuerdo. La visión de pueblos enteros incendiados, de naves espaciales con rayos magnéticos y con descargas de electro-explosivos de gran avance tecnológico, proyectando la muerte sobre la oscuridad medieval de un planeta condenado a la ignorancia, la superstición y la miseria, debió asaltarle en aquellos momentos.

Lo cierto es que, con ojos centelleantes y expresión determinada, de colérica decisión, el alquimista se encaró con el tropel de soldados gesticulantes y alarmados que cubrían el angosto acceso al cuerpo de guardia, les enfocó con rapidez la luminosidad mortal de su extraño anillo… y ni un solo soldado continuó allí.

Todos se borraron en la nada, disolviéndose como si nunca hubiesen existido.

—¡Bravo, Nivlo! —aprobó Rolkan, centelleante su mirada de luchador—. ¡Adelante ya! ¡Las armas son nuestras otra vez!

Entraron en el cuerpo de guardia. Ni un solo soldado permanecía con vida. En torno de ellos, el vacío de la gente desintegrada resultaba impresionante.

Recuperadas sus armas, Rolkan estudió la piedra oscura del anillo fantástico. Sonrió.

—La luz se ha extinguido —dijo—. Pero es evidente que bastará friccionarla, para que de nuevo brote en defensa nuestra ese fluido mágico.

—Rolkan, es increíble… —el alquimista contempló el anillo—. Conozco la química y las mezclas extrañas, he hecho elixires y he compuesto toda clase de productos mágicos. Pero jamás vi nada parecido. Una luz de muerte… ¿Cómo puede suceder? ¿Qué magia aterradora es ésta?

—Tú quizá sepas mejor que yo la clase de magia que encierra algo tan insignificante en apariencia como es ese anillo, Nivlo. Pero mi pobre cerebro de guerrero, me dice que es algo más que magia. ¿Has pensado que, tal vez, esté más cerca de la tecnología misteriosa y llena de poder del planeta Lagak y de los avances

científicos de Ingroor y sus ejércitos, que de la oscuridad de la brujería medieval, pongamos por caso?

—No es ninguna tontería lo que dices, Rolkan —habló el alquimista, profundamente impresionado—. Esa luz… es como una fuerza desconocida, una energía nueva y devastadora, capaz de conquistar mundos…

—Bastaría con que conquistase el planeta Lagak y devolviera sus derechos humanos a las gentes del planeta Izak —dijo ásperamente Rolkan—. ¿Te crees capaz de tanto, sólo con tu simple anillo, Nivlo?

—No —declaró en un murmullo el alquimista—. Me conformaría con llegar hasta Liria y recuperarla. Y con proteger nuestras vidas mientras tanto, amigo mío.

—Perfecto —sonrió el guerrero zerio—. Es de hombres sabios conformarse con poco, aunque se pueda alcanzar mucho. Si rescatamos a Liria y nos ganamos nuestro derecho a sobrevivir…, quizá más tarde sea hora de pensar en algo más ambicioso.

—¿Como por ejemplo…?

—Como por ejemplo, derrocar al Presidente Ingroor y liberar al planeta Izak para siempre —dijo con sencillez Rolkan, con un destello de fanática obstinación en sus ojos taladrantes, de luchador implacable.

* * *

Arcaría quedó atrás, en la distancia brumosa de la tarde.

Nivlo se volvió, con expresión desolada, contemplando sus murallas, sus torres y sus edificaciones ya distantes.

—Me gustaría saber cuándo volveré a mi hogar, a mi mundo… —musitó tristemente.

—Cuando ello no signifique un desastre, sino una esperanza o una realidad hermosa —dijo Rolkan, sombrío. Clavó su mirada en la distancia—. Yo también hube de abandonar mi pueblo

natal, huyendo de la injusticia y de la muerte. Vi morir a todos los míos, y vi el triunfo de los soldados de Ingroor, aplastando la rebelión de los humildes. Aquello siguió en la oscuridad, y sobre las ruinas incendiadas de las viejas casuchas, se levantaron otras tan miserables o más que las anteriores. La vida siguió siendo dura y amarga en las tierras que yo amo. Tuve que alejarme de allí para siempre. Sin esperanzas de volver, Nivlo. Esto es peor que dejar una ciudad floreciente, donde sólo corre el fácil dinero de los mercados, y donde la gente ha vendido su alma como un producto más, como la más asequible de las mercaderías. La embriaguez, la prostitución y el crimen, son los reyes de las noches alegres de Arcaría. Y todo ello, porque eso es lo que interesa a Ingroor y a su mundo poderoso de naves, armas modernas, tecnología y ciencia aplicada a la represión.

—Llevas razón, Rolkan. No tengo motivos para lamentarme. Esa ciudad está maldita., —Las ciudades nunca son las malditas, sino los hombres que las habitan —sentenció el guerrero, ensombrecido—. Como ocurre con los países, con los mundos incluso...

Siguieron andando adelante, jinetes en sus monturas de agitada crin. Los caballos unicornios eran ágiles y vigorosos. Irían lejos con ellos.

Pero a juicio de Rolkan, tal vez no demasiado lejos, según dio pronto a entender a su compañero de viaje.

—Espero que pronto demos con el rastro de mi hija —murmuró Nivlo, perdida la vista en la amplitud de los paisajes campestres de Izak.

—Yo no espero tanto, Nivlo —replicó el guerrero, pesimista.

—¿Cómo? —masculló el alquimista, desilusionado, volviéndose hacia él.

—Quisiera sentirme optimista, pero no puedo. Me temo que alejándonos de Arcaría, sólo evitamos algo: ser aprehendidos por las fuerzas del Justicia General, que a estas horas habrá dado ya orden general de alerta contra nosotros. Pero presiento que algo nos aleja de Liria y de su paradero actual.

—¿Acaso sospechas que esté en Arcaría, oculta en algún edificio de la ciudad?

—No, no es eso —Rolkan se frotó el mentón—. Si he de serte sincero, pensaba... Y estaba recordando cosas que han de tener su significado. Tal vez tú, en la excitación del momento, no le concediste la debida importancia, pero... creo que las cosas nunca suceden porque sí. Todo tiene una razón de ser. Especialmente aquello que, de otro modo, no tendría mucho sentido.

—Hablas misteriosamente, Rolkan. No entiendo tus cavilaciones, amigo.

—Es fácil. Fuimos a buscas al mercader Zomak a su casa, y le hallamos muerto, en su gran almacén de carga. Los soldados nos aprehendieron. Y eso parece todo.

—¿Y... no es todo? —dudó Nivlo, parpadeando.

—No. Queda algo en el aire. Algo que no se explica.

—¿Y es...?

—El asesino. El que mató a Zomak.

—Creí que había sido cosa de los soldados, una trampa contra nosotros...

—Lo fue. Pero los soldados lo único que hacían era acorralarnos a nosotros, y darnos caza, vivos o muertos. Antes de eso, una persona mató a Zomak.

—¿Quién?

—Me gustaría saberlo. Pero me temo que no es tarea sencilla. Alguien cuya misión era justamente esa: matar. Cumplida su misión, se marchó. ¿Adonde? Creo que el mismo lugar donde sucedió todo, y algo que nosotros presenciamos un poco antes, nos explicaría los hechos con bastante sentido.

—Sigues siendo un enigma viviente, Rolkan. Pareces un oráculo. Hablas mucho, y no entiendo nada.

—Sin embargo, es simple —sonrió el guerrero—. ¿Recuerdas la nave espacial de Lagak?

—¿La nave comercial? Sí. Despegaba cuando nosotros nos aproximábamos al cosmodromo de mercaderías de Zomak y...

Cielos, Rolkan, ¿es eso lo que quieres decir? ¿Que el posible asesino…?

—Escapó en esa nave, sí —afirmó gravemente Rolkan—. Camino del planeta Lagak. Y no sólo eso, Nivlo. Mi sospecha firme es que tu hija Liria… también está ahora en el planeta de los mercaderes.

—¡Rolkan! —el alquimista detuvo su montura, con sobresalto. Abrió mucho sus ojos, en gesto de profunda sorpresa e inquietud interrogó—: ¿Estás seguro de lo que dices?

—Seguro, no puedo estarlo. Es una simple corazonada. Un presentimiento tan sólo.

—¿Tuviste alguna vez presentimientos de esa clase? —Muchas, sí.

—¿Acertados en alguna ocasión? —En todas —afirmó rotundamente el guerrero zerio. —Entonces, creo en ti, Rolkan. Yo empiezo a pensar también en eso. Me aterra la idea, pero… creo que tienes razón. Es horrible, amigo mío. —¿Horrible? ¿Por qué?

—Imaginar que ella… pueda estar ahora en Lagak… —Es mejor saber dónde pueda estar, que andar en la oscuridad, sin rumbo fijo, ¿no crees?

—No así, Rolkan. Somos dos hombres de limitado poder y medios pobres. Dos habitantes de un mundo arcaico, de una Edad Media sin recursos. Y ella, mi hija, se encuentra en otro planeta vecino, en un mundo de avances técnicos, de poderío industrial, de ciencias avanzadas, de progreso y de ricos medios…, ¡fuera por completo de nuestro alcance para siempre!

—¿Fuera de nuestro alcance? Oh, no. ¿Por qué dices eso? Existen medios de viajar a Lagak, ¿no es cierto?

—Sólo para mercancías y mercaderes, Rolkan, recuérdalo bien. No para un alquimista y un guerrero, perseguidos por las fuerzas armadas del Justicia General…

—Bien —sonrió Rolkan, malicioso—. Entonces, ¿por qué seguir siendo lo que somos? ¿Por qué no convertirnos, de alquimista y guerrero que somos ahora… en mercaderes auténticos, amigo mío?

Y Nivlo, al mirarle con asombro, descubrió el gesto risueño y significativo de su astuto camarada. Entonces comprendió lo que pasaba por la aguda mente de Rolkan, el guerrero.

* * *

El Dialek de Oro era una cantina o figón como tantos otros.

Aparentemente, se diferenciaba bien poco del propio Vultaj Rojo, salvo por el hecho de que era menos amplio, y algo más lóbrego y oscuro.

Pero aparte de eso, dos factores contribuían a darle mayor semejanza con el ahora cerrado negocio donde tuviera lugar la muerte del monje Kabuc y el exterminio de los siniestros servidores de Zsac, el auténtico dios del hampa de Arcaría.

Esos factores eran: el hecho de que el mismo dueño del Vultaj Rojo, el robusto y mofletudo Mawuk, fuese propietario también de El Dialek de Oro. Y que en su tablado, como del clausurado negocio, la lúbrica Hydra, morena y opulenta, exhibiera en danzas procaces la voluptuosidad generosa de sus formas broncíneas, candentes y avasalladoras.

Un par de músicos, tañendo instrumentos rudimentarios de delicada melodía, acompañaban esa noche las evoluciones lujuriosas de Hydra. La clientela de Mawuk, mercaderes y forasteros atraídos por el comercio en su mayoría, llenaban las mesas y los huecos de la planta alta, donde las parejas buscaban la cómplice soledad de los reservados, para sus orgías privadas.

La noche de Arcaría era, como acusara Rolkan, un emporio vicioso de perversión, de inmundicia y de corrupción increíbles. El dinero fácil, la injusticia y la oscuridad de una época miserable, coincidían para provocar tal estado de cosas. Y a las tropas del Presidente Ingroor les convenía todo eso. Ellos eran los primeros en aprovecharse de tales excesos.

Los dos mercaderes de ropajes oscuros, de caperuzas inclinadas discretamente sobre los rostros aparentemente barbudos, asistían a la representación de Hydra ante sendos vasos de buen vino oscuro. Se miraban de vez en cuando, en silencio.

Nadie hubiera imaginado que aquel pelo del rostro estuviese adherido con una materia pegajosa, para disimular las facciones de dos hombres buscados tenazmente por la Ley, bajo la acusación de asesinato, evasión, y muerte violenta de numerosos soldados del Gobierno. Todo ello era suficiente para que, de ser sorprendidos en alguna parte, pagasen tanta osadía con sus vidas.

—¿Qué buscamos realmente aquí, Rolkan? —se interesó en voz baja su compañero de mesa.

—Lo que buscan todos los mercaderes: la diversión nocturna, las transacciones… Mañana, muchos de ellos nos verán en los mercados y no se extrañarán de nuestra presencia. Hay gente de Lagak aquí, ¿no lo has advertido?

—Oh, sí. Los más ricos y mejor vestidos, es evidente. Pero ¿ganaremos algo con ellos?

—Por supuesto —Rolkan señaló a una mesa lejana, situada al fondo de la sala—. Observa aquello. ¿Qué opinas?

Nivlo miró en esa dirección. Descubrió a tres hombres que bebían y reían, acariciando a una mujer hermosa y elegante que les acompañaba. Ella estaba evidentemente ebria, vestía ropas suntuosas, de profesional del amor, y los hombres que se sentaban a la mesa en su compañía, vestían prendas sobrias, pero costosas. Indudablemente, eran mercaderes. Pero mercaderes de alta distinción. Gente llegada del planeta Lagak a bordo de alguna nave comercial, para adquirir tejidos y mercancías de todo tipo en los baratos mercados de Izak.

—Parecen gente selecta —comentó Nivlo entre dientes—. Los más elegantes de aquí. Y beben vino del caro. Pagan a una mujer costosa…

—Exacto. Y esa mujer les está robando, además —señaló Rolkan, pensativo.

—¿Cómo? —pestañeó el alquimista, sorprendido—. ¿A qué te refieres?

—A lo que estoy viendo. Ella no está ebria. Lo finge. Sus dedos son hábiles. Los de una profesional, pero no del amor, sino del hurto. Está despojando de monedas sus bolsillos, sin que ellos lo adviertan.

—Eres un lince, Rolkan. ¿Es que lo ves siempre todo?

—Casi todo —sonrió el guerrero—. Mis ojos me salvaron muchas veces de grandes peligros, recuérdalo. Procuro tenerlos entrenados para que ningún detalle se me escape.

—Ya, ya lo veo. Bien, de todos modos, nada nos importan esos tipos ni lo que la fulana pueda hacerles. Son asquerosos comerciantes de Lagak. Les estará bien empleado cuanto les suceda aquí, en Arcana.

—Exacto. Pero esos hombres pueden ser nuestra gran oportunidad, Nivlo.

—Oportunidad, ¿para qué?

—Para llegar cerca de Liria —dijo enigmáticamente Rolkan.

Yantes de que el alquimista pudiera hacer nada por evitarlo, Rolkan se decidía. Levantándose resueltamente, y se encaminó hacia la mesa de los mercaderes de Lagak.

—Eh, espera, ¿qué pretendes hacer? —jadeó Nivlo—. Cielos, será nuestra ruina...

Y espero lo peor.

Capítulo VI —SOMBRAS DE LA NOCHE

No fue nada lo que temía, con lo que hizo audazmente Rolkan, cuando estuvo junto a la mesa de los mercaderes.

Estaba fingiendo contemplar admirativamente las formas exuberantes, morenas y seductoras de Hydra, la mujer de los senos espléndidos, las largas piernas musculosas y las caderas rotundas, sinuosas y culebreantes en su danza. Tan admirativamente, tan embebido en su contemplación, que la danzarina advertía, halagada, que tropezó con la mesa bruscamente.

Volcó los vasos de buen vino, que mancharon a los mercaderes y a su compañera.

—Eh, amigo —masculló uno de ellos, el más alto y fuerte, incorporándose con ira—. ¿Es que no ve siquiera por dónde va?

—Oh, disculpen —pidió Rolkan humildemente, apresurándose a tomar de encima de los muslos desnudos de la hermosa y elegante meretriz, una especie de chai o prenda de seda brocada, con la que ella se cubría, y de la que no se separaba un momento. Rolkan.

Pretextando que el vino había manchado la prenda, la arrancó de ella, y despojó sus piernas de aquella pieza.

Entre los muslos apareció una especie de recipiente de piel, en el que reposaban ahora numerosas monedas de oro centelleante y de plateado y valioso metilk de rica aleación.

Las monedas saltaron, rodando sobre las piernas de la mujer, y desprendiéndose al suelo en copiosa lluvia. Ella, repentinamente pálida, juró soezmente entre dientes, insultando a Rolkan por su acto… y trató de recuperar las monedas con rapidez, tirándose al suelo.

Los tres mercaderes, empezando por el más alto, joven y vigoroso de todos, la rodeaban ya, en pie, mirándola amenazadores, la vista fija en aquel caudal de monedas. Todos a una, como movidos por un mismo resorte, llevaron las manos a sus bolsas, entre los amplios pliegues de sus ricas túnicas.

—Eh, tengo casi vacía mi bolsa… —masculló uno.

—¡Y yo! —clamó el segundo.

—Esta harpía, esta sucia ramera… —silabeó el último, aferrando a la hermosa ladronzuela. La zarandeó sin contemplaciones—. ¿De modo que ése era tu juego? Fingirte ebria, hacernos beber a nosotros… y robarnos las bolsas a placer… Bonita profesional del robo.

Asintieron los otros dos. Uno abofeteó a la dama, que ¡replicó con un insulto nada adecuado a la boca da una mujer. Dos fornidos servidores de la cantina acudieron rápidamente, a un gesto de Mawuk, para expulsar a la mujer de allí.

Ella, con expresión de odio y de ira, se desasió de ellos, insultando a Rolkan con virulencia. Luego, majestuosamente, como si se sintiera tremendamente ofendida, se encaminó a la salida, no sin antes recoger cuantas monedas le fue posible.

Rolkan balbuceó torpemente, dirigiéndose a los mercaderes:

—Yo, caballeros..., de veras siento lo sucedido. Si os fuera posible perdonarme...

—Por favor, no habléis así —se apresuró a replicar uno de ellos, el más alto y autoritario de los tres—. De no ser por vuestra intervención casual, esa bribona nos hubiera esquilmado inicuamente a todos. Llegasteis muy a tiempo, caballero. ¿Queréis hacernos el honor de compartir la mesa y tomar un vaso de buen vino en nuestra compañía?

—Oh, será un placer, pero no estoy solo esta noche aquí. Mi compañero y socio se halla conmigo y...

—¡Pues traedle, no faltaba más! —ofreció el otro—. De modo que socios, ¿eh? Eso querrá decir que os ocupáis de negocios...

—Ciertamente. Mercancías, compra y venta y todo eso. No en gran escala, claro. Pero trabajando bastante, no me puedo quejar. Naturalmente, ya advierto que vos sois comerciante de altos vuelos, acaso de Lagak o cosa así...

—Somos de Lagak, es cierto —afirmó el otro, halagado—. Mi nombre es Izian. Mis compañeros son compradores llegados asimismo de Lagak hoy, y hemos querido divertirnos esta noche, con bastante poca fortuna, por cierto. Las mujeres de Arcaría no parecen demasiado honestas a la hora de acompañarle a uno...

—Eso lo hace la miseria —sonrió Rolkan, bajo la caperuza de su indumentaria—. Donde el dinero circula tan generosamente, caballeros, existe también el contras, te de la pobreza de otras clases. Pero celebro haberos librado, aunque fuese accidentalmente, de la rapiña de una mujerzuela. Mi socio y yo brindaremos, encantados, por esa feliz circunstancia. E incluso por vuestros mejores negocios para el mercado de mañana...

Poco más tarde, bebían juntos y cantaban canciones de Izak y de Lagak, que hablaban de mujeres, vino y buenos negocios. La imaginación de los mercaderes, nunca había sido demasiado fértil a la hora de buscar los placeres materiales.

Hydra fue pagada para que bailase para ellos, con un alud de monedas de oro, que la hermosa y sensual morena hundió entre las prominencias de su busto asombrosamente opulento y agresivo, iniciando luego una danza endiablada y frenética, que cortó la respiración de los tres mercaderes.

El vino, la presencia de Hydra y acaso también el hecho de que se hubieran librado de una bribona gracias a Rolkan, desató la lengua y la generosidad de los comerciantes, especialmente del llamado Izian, el más rico de todos.

—Amigo mío, debo haceros una proposición amistosa para mañana —dijo, con hipos que apestaban a vino de zamuz—: ¿Qué tal si comerciáis con nosotros, en lo sucesivo, y os relacionáis con nuestras transacciones en Lagak? Aquel mercado es mucho más fácil y próspero…

—Sin duda lo es —asintió Rolkan—. Pero nuestros medios no nos permiten viajar a Lagak, ni embarcar en una nave comercial de las vuestras, amigo Izian. Tal vez algún día…?

—Nada de algún día. Mañana mismo, amigo.

—Mañana mismo, ¿qué?

—Mañana os invito a un viaje a Lagak, a vos y a vuestro socio. Seréis mis huéspedes en los días que dure vuestra estancia en el planeta de los grandes mercados. Allí os convertiréis en muy distintos comerciantes, creedme. ¡Será una buena cosa para vosotros, que hayamos coincidido esta noche en el mesón, y el azar haya querido que nos relacionemos, estoy seguro!

—Sí… —dijo lentamente Rolkan, cruzando vagamente su mirada con la de Nivlo—. Yo también empiezo a estarlo, amigo Izian…

*** * ***

Lo habían logrado.

En sus bolsillos, tras despedirse, canturreando absurdamente, de Izian y de sus dos socios de Lagak, llevaban ya sendas órdenes de pasaje para la siguiente nave de regreso a Lagak. También un

salvoconducto, firmado por Izian, en nombre de la Cámara de Mercaderías de Lagak, les permitiría a ambos entrar libremente en el planeta de los mercaderes, el mundo vecino y distinto, donde la ciencia y el progreso contrastaban con el oscurantismo del planeta Izak.

—Eres un auténtico genio de la estrategia, Rolkan —ponderó el alquimista, todavía perplejo por el curso de los acontecimientos de aquella noche—. ¿Cómo diablos pudo salir todo tan bien?

—En el amor y en la guerra, la mejor estrategia es la del guerrillero que lucha con métodos poco ortodoxos —rió entre dientes el guerrero—. Eso es lo que he procurado hacer yo en esta ocasión. Y, al parecer, con buen éxito, amigo mío…

—De modo que mañana… ¡rumbo a Lagak! —musitó el alquimista —. Acaso… hacia donde se encuentre mi hija, amigo Rolkan.

—Continuemos en que así sea. No me perdonaría un error semejante. Confío que, si no sucede algún desastre imprevisible, estemos pronto en el buen camino, amigo Nivlo.

Pero desgraciadamente, ese imprevisible desastre estaba a punto de suceder. Y ni siquiera Rolkan podía preverlo.

* * *

Sucedió apenas entraron en la estancia del figón de Mawuk donde se alojaban por esa noche, justo encima de la ya cerrada, oscura y silenciosa sala de la cantina El Dialek de Oro. El gordinflón mesonero tenía también negocio de alojamiento para forasteros en Arcaría, y allí se habían quedado Rolkan y Nivlo, para no dejarse ver demasiado por las calles de la ciudad.

Confiadamente, Rolkan entró el primero en la cámara, despojándose lentamente de sus ropas de falso mercader. Tras él lo hizo Nivlo, algo aturdido por los vapores del buen vino ingerido aquella noche.

Cuando Rolkan pisó con su calzado de pieles toscas el suelo alfombrado también en pieles de aquel dormitorio sombrío y poco cómodo, tuvo la súbita intuición de que algo andaba mal.

Intentó revolverse, descubrir la razón de su alarma. Incluso avisó, ronca la voz, a su compañero.

—Cuidado, Nivlo —susurró—. Creo que...

No llegó a decirle lo que creía.

Antes de que eso sucediera, el vapor amarillo había brotado de entre la pelambrera blanca y acolchada de las alfombras que pisaba con firmeza el guerrero de Zeria.

Rolkan trató de apartarse, de saltar fuera de las pieles, pero todo estaba alfombrado, y de todas partes subía aquel vaho, aquel humo azufrado, de intenso olor, penetrante y pegajoso, que parecía enroscarse en torno a su cuerpo, envolverle como un reptil, hasta penetrar, sinuoso, por su boca, sus fosas nasales, sus mucosas todas...

—Mal... di... tos... —jadeó—. Trai... ción, Nivlo...

No pudo terminar. Sus ojos lloraban intensamente, su boca ardía y su nariz era el conducto idóneo para un gas adormecedor y denso, que llegaba en oleadas a sus pensamientos, paralizándolos y acorchándolos.

Perdió fuerzas y capacidad mental. Se desmoronó, con un murmullo de rebeldía ahogada. El formidable, atlético cuerpo vigoroso, aquella figura titánica y armoniosa de guerrero invicto, caía bajo la victoria solapada de las artes de la traición y la sorpresa.

Nivlo apenas si pudo reaccionar también. El vapor amarillo envolvió a ambos. Sus cuerpos golpearon suave, blandamente, las pieles que fueran origen de la salida de aquel gas devastador.

Se alzó una cortina, tras unos momentos de silencio, durante los cuales se disiparon los vapores amarillentos lentamente. Tras ella, medio envuelto en un tejido protector de la nariz y la boca., un rostro.

Un hermoso rostro de mujer, moreno y sensual.

Los ojos negros, relampagueantes, de la hermosa y voluptuosa Hydra, se clavaron con una rara expresión en el viril guerrero abatido.

—He vencido, Rolkan —silabeó ella fríamente—. No eres tan listo como imaginas…

Luego, dio una seca palmada.

Por la ventana, silenciosos y sombríos, envueltos en sus negras estameñas con el símbolo blancuzco de la calavera, los Siervos de la Sombra, los fieles servidores del asesino Zsac, entraron en la estancia, rodeando a los inconscientes amigos.

—Ahora, ya sabéis lo que ha de hacerse con ellos —dijo glacialmente Hydra.

Los servidores de la noche asintieron. Se inclinaron, como negras sombras de muerte y de malignidad, sobre la figura de Rolkan en primer lugar.

—Va a ser un placer verle morir en larga y terrible agonía —silabeó la voz del que capitaneaba el grupo siniestro—. El gran Zsac va a agradecer generosamente tus servicios, mujer…

Hydra se limitó a sonreír con expresión maligna, destellando codiciosamente sus negros ojos rasgados, exóticos y fulgurantes de vida, de pasión y de sensualidad latente.

—Así lo espero, y por ello sirvo lealmente al Señor de la Noche —dijo escueta, con voz glacial.

Y acompañó a los fieles y perversos servidores de la Calavera, cuando éstos se llevaron consigo a Rolkan, el guerrero, y a Nivlo, el alquimista, con destino a la peor y más cruel de las muertes imaginables…

* * *

La madriguera de la Noche. El Reino de las Sombras.

El imperio del crimen en Arcaría, la ciudad de mercaderes del planeta Izak.

Aquello era el cuartel general de un ser, mitad hombre, mitad deidad del Mal. De un ser que mezclaba su sacerdocio fanático y perverso de la Muerte, con sus intereses privados como ejecutor

de sentencias ajenas, como brazo armado del delito en Arcaría.

Zsac, llamado por muchos Dios de la Sombra, no llegaba a tanto. Simplemente, era lo que muchos creían de él: un mago practicante de exorcismos y oscuras magias perversas, cultivador de fanatismos que amedrentasen a los demás. Y, a la vez, gran zar del crimen, de la violencia, de la ejecución por encargo, en la noche peligrosa de la ciudad de mercaderes.

Zsac, con sus largos ropajes negros, su fosforescente calavera verdosa en todo lo amplio de su tórax, sobre la tela negra y sedosa. Zsac, con su raro tocado en forma de cráneo y fauces de un animal negro y maléfico, mitad lobo, mitad buitre, mitad carnívoro de colmillos voraces, mitad ave de corvo pico.

Zsac, el amo de las tinieblas, al fin con sus víctimas ante sí, tendidas en el negro altar de piedra espejeante de su cámara de torturas y ejecuciones. Ante la deidad monstruosa, de rostro cadavérico, de ojos llameantes y boca deforme y obscena, en lo alto de las gradas de piedra, también negra y desigual, como basalto tallado a golpes de pico...

Alrededor de él, sus leales fuerzas de la noche. Hasta una veintena de encapuchados con el símbolo de la Calavera. Los Asesinos que ejecutaban por encargo...

Hydra, complacida y satisfecha, enroscaba su cuerpo moreno, broncíneo y lujurioso, entre cojines y pieles lustrosas, de vivos colores, en el trono majestuoso del Dios de la Muerte y de las Sombras, como gustaba ser llamado Zsac. La mirada malévola del Zar de los Asesinos, fija en ella, tenía la insana expresión del que desea aquello que sabe difícil y tentador...

—Tus servicios resultaron inapreciables, Hydra —habló con lentitud—. Puedo pagarte muy bien lo que has hecho.

—¿Puedes pagarme? —ella frunció el ceño—. ¿Eso quiere decir que no piensas pagármelo acaso? Creo haberte servido bien. Y con toda lealtad.

—Cierto, Hydra. Es que antes deseo hacerte una proposición que podría convertirte en la mujer más rica del planeta Izak...

—¿La más rica? —ella se encogió de hombros bruscamente, con un bamboleo de sus macizos y agresivos pechos—. No aspiro a tanto, Señor. Me conformo con unos miles de kovlas.

—¿Unos miles? Podrían ser muchos miles. Tendrías las más valiosas joyas, perfumes, ropas de lujo, propiedades, siervos, esclavos…

—Y todo ese sueño fantástico, ¿a cambio de qué? —sonrió Hydra, con sus voluptuosos labios carnosos en una mueca irónica.

—Todo eso…, a cambio de tu amor. De tu entrega a mí, hermosa criatura… —sugirió, tembloroso de pasión mal contenida el dueño de las sombras de la noche.

—Oh, no es una proposición que me tiente, Zsac.

—¡Es un honor ofrecerte un puesto a mi lado!

—Y como tal lo califico, agradecida. Pero no puedo aceptar. No me gusta vivir sometida a nadie. Soy salvaje, indómita y llena de independencia y fiereza. Me temo que a tu lado no iba a ser feliz. Ni al lado de nadie.

—Piénsalo bien, Hydra. Tal vez nunca más mi debilidad por una hembra llegue a hacerme tan débil y generoso. Recuerda que muchas mujeres bellísimas son mis fieles esclavas…

—No lo olvido. Pero a mí no me atrae ser esclava, ni esposa ni amante —rechazó sonriente Hydra—. Prefiero tu recompensa, Zsac. Y olvida a Hydra. Seré tu fiel servidora siempre, pero eso es todo, Zsac. No he nacido para someterme a nadie ni ser posesión de nadie.

—Está bien —tembló de ira la boca maligna del extraño ser de las tinieblas. Se incorporó, altivo. La mirada de Rolkan, ya vuelto en sí, encadenado a la negra roca de sacrificios, sucia de la sangre de cientos de seres inmolados por Zsac y sus siniestros servidores del crimen, fue directamente a Zsac, a Hydra. Y luego al medio inconsciente Nivlo, su compañero de dificultades. Zsac, al verle consciente, hizo un gesto frío y amenazador;—. Me alegra que vuelvas en ti, guerrero. Vas a vivir, momento a momento, las torturas que yo reservo a quienes, como tú, osan enfrentarse y matar a hombres de mi guardia…

—Sólo la traición pudo permitirte que cayera en tus manos —replicó Rolkan, despectivo. Sus ojos se clavaron en la seductora Hydra—. De no ser por las artes de una mujer engañosa, muchos otros de tus esbirros estarían muertos ahora, bajo la espada justiciera de Rolkan.

—¡Calla, cerdo! —golpeó brutalmente con su pie al encadenado guerrero zerio—. Cuando esta mujer abandone el recinto, va a comenzar tu tortura. Durante jornadas enteras de lenta y terrible agonía, de dolores que no puedes imaginar, implorarás por piedad que te maten, para poner fin a tus sufrimientos.

—Jamás implora un guerrero de Zeria, asesino.

—¡Llorarás de dolor, de impotencia y de angustia! —aulló Zsac.

—Los guerreros mueren, pero no lloran —replicó arrogante el cautivo, con una sonrisa desdeñosa.

—Te prometo que tú sí vas a sufrir esas humillaciones, cuando tu cerebro ya no controle siquiera tu voluntad rota, maltrecha, y tu cuerpo sea un nido de dolores infinitos… Hydra, toma tu recompensa, mujer. Ardo en deseos de ensañarme con mi prisionero… Ya puedes marcharte…

—Sí, mi señor —asintió ella, tomando la repleta bolsa de oro. Se quedó mirando, despreciativa, a Rolkan. Luego, caminó cimbreante, haciendo vibrar cada una de sus magníficas y generosas curvas, hasta detenerse junto al guerrero. Se inclinó hacia él, acariciando su torso musculado con uñas afiladas, malévolas. Le susurró, pegada casi su boca, de labios carnosos, a la del prisionero inerme—: Me hubiera gustado ver sufrir a un altivo guerrero como tú. Pero es mejor así. Adiós, hermoso zerio…, y perdona que a Hydra le guste tanto el oro…

Rolkan la miraba con fría fijeza, sin revelar odio ni desprecio en su rostro, aunque tampoco admiración o deslumbramiento por los encantos físicos, avasalladores, de la bellísima morena.

Luego, ella se incorporó, tras hincar sus uñas en el torso de Rolkan, en el que se quedó el trazo sangrante de aquel zarpazo felino. La risa de Hydra la acompañó en su camino hacia la salida del siniestro templo del Mal.

—Ahora, empieza tu tortura, tu interminable agonía, guerrero… —dijo la voz maligna de Zsac.

Y Rolkan supo que así sería.

Capítulo VII —LAGAK

Sorprendió a todos.

No podía ser por menos. Nadie hubiera esperado su acción. En ella, menos que en nadie. La lealtad de Hydra, estaba aparentemente, fuera de toda duda.

La prueba era que Rolkan y Nivlo habían sido entregados, inermes, al poder siniestro del Amo del Crimen. No cabía mejor evidencia de la fidelidad de Hydra a su señor..., y al oro de su señor.

Por ello su acción no pudo ser prevista ni existió protección posible contra ella.

Hydra, ya cerca de la salida de la vasta sala rocosa del templo siniestro, se volvió un momento con celeridad. Todos pensaron que sería para despedirse de Zsac o para burlarse por última vez de Rolkan.

Y, sin embargo...

Sin embargo, su mano broncínea, de largos dedos terminados en afiladas uñas felinas, la misma mano que poco antes esgrimía la bolsa de las monedas de oro, en recompensa por la entrega del cautivo a Zsac, esgrimía ahora algo distinto.

Algo que arrojó al suelo violentamente. A los pies de Zsac mismo, que vio estallar aquel objeto ovoide a sus pies.

Una repentina nube de vapor denso, verdoso, envolvió a Zsac, cuya voz llegó, en un jadeo horrible, filtrándose entre el vaho espeso.

Los asesinos encapuchados, aunque algo tarde, reaccionaron, dominando su sorpresa inicial ante el ataque imprevisible de la que consideraban su fiel aliada. Para entonces, ya la acción de Hydra, sorprendente y demoledora, había tenido éxito total.

Los esbirros de Zsac se desmoronaban misteriosamente, con sus rostros crispados, verdosos, mientras el gas aquel se extendía con

una rapidez increíble por la vasta nave de sacrificios.

Y, cosa rara: ni ella, ni Rolkan ni el alquimista Ni vio, parecieron experimentar la menor sensación bajo los efectos de aquel gas que les rodeaba.

Cuando el gas se evaporó, subiendo rápido hacia la alta bóveda rocosa, se descubrió a Zsac, convulso, encogido, que yacía al pie de su trono, con la faz de un raro tono lívido, verde bilioso, y los ojos desorbitados e inyectados en sangre.

Hubo una pausa. Rolkan y Nivlo se limitaban a contemplar, en silencio, sin respirar, a la sorprendente dama a quien debían su captura inicial, y ahora el fin de aquella secta de criminales.

Finalmente, ella hizo un gesto risueño. Sus labios gordezuelos sonrieron.

—Ya podéis hablar —dijo—. Y respirar. Pasó el peligro.

—¿Están… muertos? —indagó Rolkan, ante el desconcierto de su compañero de cautiverio.

—Sólo Zsac, creo —suspiró ella—. Absorbió demasiado gas paralizante. Tiene apariencia de haberse detenido su función cardíaca y cerebral… Los demás sólo estarán dormidos por bastantes horas, bajo los efectos del gas paralizante.

—Ha sido un gran golpe, muchacha —aprobó Rolkan—. Pero no logro entender tu juego…

—Está claro. La misión consistía en descubrir el escondrijo, el santuario de Zsac, y sorprenderle confiado, con todas sus fuerzas presentes.

—¿La misión? ¿Y por eso nos entregaste primero a nosotros dos?

—Era un procedimiento arriesgado pero eficaz. Como esperaba, ellos me condujeron hasta el lugar donde podía aniquilar de un solo golpe a toda la organización de asesinos, Rolkan.

—Sí, ahora entiendo —asintió el guerrero, pensativo, contemplando sus cadenas, férreamente sujetas a la piedra negra de la losa de sacrificios.

—Oh, perdonad —musitó ella—. Olvidaba por completo

despojaros de vuestras cadenas, y concederos nuevamente la libertad...

—Al diablo con todo, si he logrado yo entender algo —protestó Nivlo—. ¿Cómo puedes hacer esto por nosotros, si antes nos entregaste? ¿De qué lado estás tú, Hydra?

—Del de la justicia. De la auténtica justicia —suspiró ella, bajando la cabeza de larga cabellera negra y sedosa—. El planeta Izak espera y confía en su futuro. Algún dia se levantará contra la tiranía e intentará la liberación total, el fin de esta larga época de oscuridad, corrupción, miseria y supersticiones. Entonces, un poder justo y popular, el que representa a nuestro pueblo, nuestra gente, nuestras familias, subirá para suplir la tiranía de Ingroor y sus esbirros. Ese poder existe ya en la clandestinidad, luchando en la sombra por la libertad de todos nosotros. Ese poder se llama... el Orden Nuevo.

—El Orden Nuevo... —brillaron los ojos de Rolkan—. Oí hablar algo de eso, pero nunca creí que existiera realmente.

—Existe. Y algún día saldrá a la luz para combatir y triunfar —declaró Hydra con orgullo—. Yo trabajo para el Orden Nuevo. Soy agente a su servicio, y nadie sospecha de mí, dada mi condición en los figones nocturnos. Esta era la misión encomendada: destruir a Zsac y su falso Reino de las Sombras. Solamente en un régimen corrompido y sucio como el del presidente Ingroor, podía permitirse la existencia legal de un falso dios, de un tenebroso sacerdote de prácticas satánicas, entregado al crimen y al mal.

—Sigo sin entender algo —manifestó Nivlo—. Ese gas paralizante..., ¿cómo lo supiste, Rolkan? Me advertiste, en voz baja, que contuviera la respiración cuanto me fuese posible, si no quería morir...

—Es lo que Hydra me advirtió a mí a su vez, en un murmullo apenas, mientras me arañaba el torso —rió el guerrero, mirándose el surco de las uñas afiladas—. Creí entenderla, y por eso te avisé, Nivlo...

—Deberás perdonar mi arañazo, guerrero —musitó Hydra, acariciando las huellas del zarpazo, mientras soltaba los grilletes de los cautivos.

—Con ese roce de tu mano ahora, todo está ya sanado —sonrió

Rolkan, moviendo la cabeza—. Además, fue solamente un arañazo de gato. De un hermoso y cariñoso gatito…

Hydra rió de buena gana, despojándoles ya de sus cadenas. Todos se miraron entre sí, mientras Hydra se disponía a encadenar a los servidores del crimen.

—¿Qué pensáis hacer ahora? —indagó ella—. Hay orden de capturaros y entregaros a la justicia, por asesinato y evasión. No debéis correr riesgos en esta ciudad de rufianes y de mercaderes desaprensivos. Cualquiera sería capaz de venderos por unas pocas monedas. O sólo por halagar al Justicia General, guerrero.

—Lo sé. Nos vamos a ausentar un tiempo, Hydra. Espero que, para el regreso, estén las cosas lo bastante maduradas…, y el tiempo de poder de Ingroor y su Gobierno de corrupción esté agotándose.

—¿Ausentarte? ¿Adonde os dirigiréis en tal caso? —se interesó Hydra, curiosa.

—Al planeta Lagak —informó escuetamente Rolkan—. Al mundo de los propios tiranos, donde esperamos encontrar con vida a una muchacha prisionera…, si aún es tiempo de ello.

—¿Tu hija, Nivlo? —miró Hydra al alquimista—. Oí de su desaparición…

—Estás muy bien informada. Sí, se trata de mi hija —afirmó Nivlo —. Supongo que en nada podrás tú ayudarnos…

—Me temo que no. Mi labor se limita a luchar por el Orden Nuevo, ya lo sabéis. No sé en qué líos estáis mezclados vosotros, aunque fui testigo de la explosión que mató a aquel monje con quien te reuniste en la cantina del Vultaj Rojo —recordó la danzarina de piel de bronce—. ¿Se relaciona con eso la desaparición de tu hija, Nivlo?

—Parece ser que sí. Recién llegada de Gelix, la Región de los Hielos, donde estudió astronáutica y modernas ciencias espaciales, Liria desapareció de casa, dejando huellas de violencia. Aquel monje acababa de morir, antes de entregarme algo que, según parece, tenía mucho valor. Por eso aparecieron también los servidores de Zsac, supongo que pagados por alguien, la persona culpable de la muerte del peregrino, como luego la de Zomak, el mercader destinado realmente a recibir ese

presente misterioso que tantas muertes ha ocasionado...

—Sí es un extraño asunto el vuestro —confesó Hydra, pensativa —. ¿No sabéis aún qué pueda ser lo que os debía ser entregado?

—No, aún no —Rolkan miró pensativamente a la joven. Recordó algo, y le hizo una pregunta repentina—: Hydra, tú estabas en aquel figón cuando sucedió todo, ¿no es cierto?

—Sí... Te vi luchar contra esos encapuchados malditos. Fuiste todo un héroe, guerrero.

—No te lo pregunto por eso. Quisiera saber si viste algo... ¿Registró alguien al monje muerto?

—Sí —afirmó ella, pensativa—. Vi a alguien registrar al peregrino...

—¿A quién, Hydra? —indagó Rolkan, apremiante.

—A Mawuk, el cantinero —informó la joven, espontáneamente.

—¡Mawuk! ¿Ese gordinflón...?

—El mismo. Pero pareció defraudado. Le revisó todo apenas salisteis vosotros..., y no encontró nada, a juzgar por sus gestos.

Rolkan, acariciando mecánicamente su Crux Aldavia, colgada del pecho, recuerdo tosco de aquel infortunado monje asesinado en el mesón, escuchaba con cierta perplejidad y sorpresa la explicación de Hydra.

Y, de repente, sus ojos emitieron un extraño destello profundo. Su boca se apretó, en un rictus sorprendente. Pero no dijo nada. No hizo comentarios. En vez de ello, dejando de dar vueltas entre sus dedos a la cruz de madera tallada del viejo monje peregrino, echó a andar hacia la salida del templo del crimen, con paso enérgico, elástico como el de un felino.

—Vamos, Nivlo —dijo con cierta aspereza—. Nos queda poco tiempo. Hay que salir por la mañana con la nave espacial de los mercaderes, rumbo a Lagak. Pero antes debemos hallar al mesonero Mawuk..., si aún es tiempo de ello.

Sorprendido, Nivlo siguió a su amigo. Hydra pareció entender lo que comentaba Rolkan, porque terminó su tarea de ligar a los

rufianes capturados, sin prisa alguna, con una expresión de inteligencia en sus negros ojos fulgurantes.

—¿Tiempo de ello, dices? —indagó el alquimista, esforzándose por caminar junto al guerrero, en la noche de Arcaria, con sus ropas de fingidos mercaderes—. Creo que nos sobran horas antes de que salga la nave, para buscar y encontrar a ese mesonero del diablo…

—Me gustaría que fuera realmente así, amigo mío —dijo Rolkan, como único comentario.

Y, efectivamente, él tuvo razón una vez más.

Los temores del guerrero zerio se confirmaron esa misma noche, apenas alcanzaron el oscuro edificio de El Dialek de Oro, donde fueran capturados horas antes por los esbirros encapuchados del siniestro Zsac.

Encontraron al gordinflón y rubicundo Mawuk, dueño del negocio.

Pero para entonces, ya estaba muerto. Un arma blanca le había degollado de oreja a oreja, en medio de un terrible baño de sangre.

* * *

—Mawuk… ¡Otra víctima más! ¿Hasta cuándo, Rolkan?

—Hasta que sepamos por qué sucede todo esto, y qué valor tiene realmente lo que Kabuc, el monje, iba a entregar a Zomak, de parte de un viejo amigo desaparecido.

—Pero si parece como si ese algo se lo hubiera tragado la tierra —se quejó el alquimista—. Nadie lo encuentra, el monje no lo llevaba encima, Mawuk no dio con ello…, y ni siquiera sabemos qué diablos podrá ser, Rolkan.

—Sin embargo, el monje lo llevaba consigo. Iba a entregárselo a quien le dijera la frase convenida. Por tanto, ese objeto es el centro de todo el problema. Nosotros no tenemos idea de lo que

pueda ser ni de su paradero, conforme. Pero los que ahora tienen en su poder a Liria, tampoco poseen el objeto. O de otro modo, la muerte de personas como Mawuk o el mercader Zomak, carecerían de sentido.

—Si ellos no lo tienen, nosotros tampoco, y el peregrino no llevaba nada encima, ¿dónde puede estar ese preciado y temible objeto, Rolkan? —se exasperó Nivlo.

El guerrero de Zeria sonrió, con un encogimiento de hombros, y contempló el cosmodromo comercial de Arcaria, donde una de las grandes naves de Lagak esperaba a levantar su majestuoso vuelo, rumbo al vecino planeta de grandes avances tecnológicos.

—Esa es una pregunta que mucha gente quisiera responder —dijo, enigmático—. Y que puede valer la vida, Nivlo...

Se aproximaron a la zona de mercaderes, donde las transacciones tocaban ya a su fin. Pronto descubrió a Izian, el mercader de Lagak, con sus dos compañeros de la noche anterior, terminando de contar sus documentos de venta. Su aspecto era jovial.

—Magníficos negocios, amigos —dijo Izian, complacido—. La gente de este planeta es un poco ingenua. Paga demasiado bien, y vende muy barato. Imagino que es motivado por su bajo nivel de vida... Es como si estuvieran en la Edad Media, ¿no es cierto?

—Y bien cierto —convino gravemente Rolkan—. Supongo que eso es lo que nos enriquece a nosotros, de modo que nos conviene que esto siga así.

—Igual que a los gobernantes —rió Izian, de buen humor—. Entre negocios, recaudaciones y todo eso, la riqueza total de ambos planetas está en sus manos. No se puede pedir mejor negocio, ¿no os parece? En, por cierto, ¿y vuestras mercancías?

—Nos las quitaron de la mano —replicó Rolkan con indiferencia —. Como bien decís, estas pobres gentes carecen del espíritu comercial de Lagak.

—Oh, en caso contrario, no valdría la pena fletar estas naves y mantener el alto nivel tecnológico de nuestro mundo —declaró Izian, con tono despectivo—. Todo el dinero y las materias primas, tales como minerales y productos químicos puros, brotan del suelo generoso de Izak. Estoy seguro de que el Gobierno, si este planeta vuestro se quedase agotado de reservas naturales,

suspendería todo vuelo espacial, dejando que, lentamente, os murierais todos de inanición. Por eso creo que las personas emprendedoras como vosotros, deben buscar su ambiente en otros lugares. Lagak, por ejemplo, es el auténtico paraíso para el hombre emprendedor, que ame el dinero por encima de todas las cosas.

—Sí, estoy seguro de que así es —afirmó Rolkan, confiando en que sus flamantes amigos no advirtieran en su tono la nota desabrida de hostilidad y censura que existía en él cuando hablaba de Lagak, el orgulloso planeta mimado por el Gobierno Ingroor, a costa de la vida y el destino de Izak.

Poco después, subían a bordo de aquella amplia, hermosa nave, cuyos motores a iones entraron pronto en acción, permitiendo el rápido despegue de la nave, rumbo a las estrellas de las galaxias donde Roe y Azuar eran soles de unos mundos en los que se daba la increíble, feroz paradoja, de convivir el progreso más avanzado y esplendoroso, con el oscurantismo terrible de un medievo artificiosamente sostenido, para genocidio paulatino de toda una raza, de todo un planeta de seres inteligentes...

El vuelo hacia Lagak comenzaba.

Y Rolkan, el guerrero, no buscaba en aquel vuelo conocer mundos mejores ni disfrutar de las comodidades y beneficios de una supercivilización.

El sólo buscaba a una hermosa muchacha de pelo platinado, de quien se había sentido enamorado apenas la viera.

Y con ella, quizá, la clave de un misterioso hecho que estaba costando muchas vidas humanas. El secreto de un presente enigmático, que nunca llegó a ser entregado, y del que nadie sabía nada.

Pero del que él, Rolkan solamente, empezaba a creer tener una nebulosa, sorprendente idea...

* * *

Lagak.

La altiva, soberbia, majestuosa capital del planeta Lagak, Amazda.

Amazda era un prodigio. Una superciudad digna de la fantasía más desbocada.

Suspendida sobre invisibles columnas magnéticas, entre irisadas luces, dotada de aerovías y rutas colgantes, formada por esbeltas, altísimas columnas, agujas arquitectónicas habitadas por un pueblo de costumbres asépticas, de frías emociones, de mecanización total y absoluta…

Eso era Amazda, la capital flotante, como suspendida en el vacío, sobre los campos esplendorosos de Lagak, sometidos a radiaciones solares graduales, que convertían en paraísos, en auténticos vergeles de vegetación, agua y frescor, todas las zonas visibles del planeta, a ojos del asombrado, atónito visitante.

El contraste, viniendo del planeta Izak, era demasiado brutal. Como saltar en el Tiempo una distancia de siglos y siglos, desde un pasado supersticioso e ignorante, hasta un futuro repleto de prodigios y alardes.

—Y bien, amigo mío, ¿qué os parece nuestro mundo?

Era la pregunta de Izian, el mercader de Lagak. La respuesta tuvo que ser la que realmente sentía el rudo guerrero zerio, enfrentado al prodigio de aquella supercivilización sin precedentes, en plena era espacial y de conquista de todas las ciencias y recursos de la técnica.

—Increíble —suspiró Rolkan, contemplando aquel mundo fabuloso que le rodeaba—. Es como salir de la noche, y descubrir que el sol que desconocíamos, alumbra demasiado…

—Una bella imagen de poesía natural, amigo —rió Izian—. Me alegra que esto os guste… Y espero que os quedéis aquí algún día, a dirigir vuestros negocios…

La charla era en el amplísimo, gigantesco cosmodromo de Amazda, entre edificaciones esplendentes, de vidrios plásticos y de materiales rutilantes. La luz de grandes espejos solares, suspendidos estratégicamente sobre la urbe, dejaban a ésta en perenne luz del día, sin que la noche llegase a oscurecer jamás.

—Mi alquimia, al lado de todo esto, me parece ahora ridícula y

sin sentido, Rolkan —comentó amargamente Nivlo entre dientes.

—Sin embargo, todo eso que nosotros conocemos, fue el principio de esto. Lo que no es justo, es que sigamos nosotros en el principio, mientras ellos progresan ¿y crecen…

Izian les condujo en un vehículo que se deslizaba vertiginoso por el aire, como una centella luminosa y bruñida, hasta un edificio majestuoso.

—Es el hotel Centro —dijo—. Tenéis reservado alojamiento. Recordad que sois mis invitados. Nos reuniremos de nuevo para cenar… Y hablaremos de futuros negocios y de nuestra asociación inmediata, amigos…

Rolkan y Nivlo se despidieron, penetrando en las suntuosas habitaciones de aquel hotel, donde las aguas para el baño eran luminosas y tonificantes, y donde el masaje llegaba a sus fatigados músculos a través de oleadas de aire especial, que friccionaba su piel.

—Rolkan, la situación se complica —comentó Nivlo, perdido en aquel caos de lujo, esplendor y confort desconocido para los hombres de la Edad Media—. Tenemos que decir a esa gente que no somos comerciantes, como creen, o el engaño llegará demasiado lejos…

—No podemos hacerlo, Nivlo —Rolkan, arrugando el ceño, miró en torno, preocupado por algo que no sabía qué podía ser—. Pero calla ahora. Mejor hablaremos en otra ocasión de…

—Oh, date cuenta que estamos llevando muy lejos la mentira. Si descubriesen que no somos mercaderes, sino las personas buscadas por el Justicia General…

—¡Calla! —cortó abruptamente Rolkan, con ojos brillantes. Y le hizo gestos expresivos a su amigo de que no siguiera por aquel camino.

—Pero…, pero Rolkan, ¿qué sucede? Estamos solos… —jadeó Nivlo, desorientado.

—¿Solos? —la búsqueda del astuto y receloso guerrero por toda la estancia, culminó en un hallazgo dramático y repentino, cuando separó del muro un adorno florido, bajo una lámpara de luz solar concentrada—. ¡Mira eso!

Algo asomó en el muro. Un vidrio que reflejó la luz. Un círculo de cristal empotrado. Rolkan no conocía los prodigios de la transmisión de sonido y de imagen a distancia. Pero su viva imaginación le dictó algo parecido en ese mismo momento.

—¡Nivlo, prepara tu anillo! —jadeó, echando a correr hacia la salida del suntuoso dormitorio—. ¡Creo que nos han cazado sin remedio!

—Pero..., pero escucha, eso no es posible... —masculló Nivlo, asombrado, siguiéndole a duras penas, convencido de que en esta ocasión, el desconfiado guerrero se equivocaba totalmente en sus sospechas.

Y, sin embargo, apenas asomaron a la salida del fantástico hotel ultramoderno, todo se confirmó, desgraciadamente.

Un grupo de soldados de casco metálico, escafandras de seguridad, de materia plástica, y uniformes brillantes, como de tejido metalizado, de brillante color verde, se movía hacia ellos, arma en ristre.

Esgrimían algo más que espadas medievales o cualquier otra arma rudimentaria de las que ellos conocían, allá en Izak.

—Esas armas... —jadeó Rolkan, irritado, deteniéndose con ira, tan indefenso ante los enemigos como si estuviese totalmente desnudo, aunque poco menos suponía, para las modas estilizadas y funcionales de los seres de Lagak, aquellas piezas de pieles, ajustadas con desorden sobre la musculatura vigorosa del titánico luchador de las tierras altas.

Las armas eran tubos metálicos amenazadores, proyectados hacia ellos. Algo brotó, sibilante, de uno de ellos.

Y quizá como simple advertencia, una carga explosiva reventó no lejos de ellos, desmoronando una columna metálica, que se derritió a gruesos goterones, ante su expresión sorprendida.

—Creo que resistir ahora, significaría morir estúpidamente —dijo Rolkan—. Incluso con tu anillo, no haremos nada. Vale más rendirse.

—¿Rendirse? ¡Nos harán ejecutar, Rolkan! ¡El Gobierno de Ingroor no perdonará nuestras vidas, y menos estando aquí, en su mimado planeta!

—No sé lo que nos harán, pero de momento nos basta con ganar algo de tiempo. Es mejor verse prisionero que morir. Luego, veremos lo que hacemos, Nivlo.

—Pero..., ¿es que podremos hacer algo, Rolkan?

—Eso no lo sé... —resopló con tono pesimista el guerrero, contemplando a aquellos casi invulnerables soldados del tirano, que formaban un cerco perfecto y amenazador en torno suyo.

Un cerco del que no podían escapar en modo alguno.

Capítulo VIII —TIRANÍA

—Estáis ante la Justicia Suprema del Gobierno de los mundos de Lagak.

La voz metálica retumbó deshumanizada en la vasta sala gris, rectangular y fría.

Se miraron entre sí Rolkan y Nivlo, presentes en aquel trance. Luego, buscaron en vano la presencia de un ser humano.

Lo único que encontraron fue la gran pantalla en color y tres dimensiones, mostrando la imagen en movimiento de un hombre investido con ropas severas, con el símbolo de la Justicia y del Gobierno de Ingroor.

Aquel hombre de la pantalla televisora, les contemplaba con la misma fijeza que si estuviera allí en carne y hueso, juzgándoles inexorablemente.

—¿De qué se nos acusa? —preguntó Rolkan fríamente.

—De muertes violentas, evasión de la Justicia, destrucción de soldados, entrada ilegal en Lagak, falsa identidad, y posibles motivos sediciosos y subversivos contra el Gobierno de estos mundos —señaló monocorde la voz metalizada del hombre que les contemplaba, a su vez, en otra pantalla gemela de aquella.

—Es incierto. No hemos venido a hacer nada contra el Gobierno —replicó Rolkan.

—¿Puedes probarlo, guerrero?

—No. Pero nunca luché por ideas políticas en toda mi vida. Soy guerrero, no político. Ayudo a un amigo en apuros, eso es todo. Y si vinimos a Lagak, fue en busca de su hija, prisionera de unos criminales desconocidos. Ella fue raptada, y buscamos su paradero. Eso es todo.

—¿Puedes probarlo?

—¡Probarlo, probarlo! ¡No, no es necesario probar ciertas cosas! ¡Basta la palabra de honor de un hombre!

—No aquí. La ley es la ley. Sólo acepta evidencias, no palabras. Seréis condenados a muerte. Es la ley.

—La ley… —resopló Rolkan con ira—. ¿Esperáis que vuestro mundo sea mejor aplicando las leyes con esa frialdad, con esa carencia total de humanidad? ¿Es eso lo que consideráis justo y honrado?

—La ley del gran presidente Ingroor es siempre justa y honrada —replicó fríamente el juez que estaba examinando su caso.

Rolkan se dejó llevar por su propio impulso, por su instinto de hombre habituado a otra clase de lucha, no a aquel aséptico duelo verbal con una imagen proyectada a distancia.

—¡Mentís! —rugió—. ¡Mentís todos, tiranos de la libertad del hombre! ¡Estos métodos vuestros son cobardes, deshumanizados y dignos de máquinas, no de hombres! ¡Todo esto es una farsa impuesta por un tirano que desea sojuzgar a su gente!

Avanzó hasta la pantalla de televisión tridimensional y cromática. Sus puños cargaron demoledores contra el vidrio incrustado en el muro.

Nadie pudo evitar que Rolkan, el guerrero zerio, destrozara aquella enorme pantalla, entre un estallido de vidrios y un desgarro metálico, saltando mil chispas y un estruendo formidable al reventar los circuitos bajo el mazazo doble de aquellos vigorosos puños.

La imagen se borró definitivamente. Un zumbido prolongado se quedó sonando en el aire. Nivlo sujetó a duras penas un brazo titánico de su amigo.

—No, Rolkan, no pierdas la serenidad ahora —rogó el alquimista —. Sé que este mundo no es el nuestro, que estos sistemas no. van con tu mentalidad, pero es preciso mantener la calma, serenarse…

—¿Para qué? ¿Para ser sentenciado a distancia, y morir luego como un insecto encerrado en una caja? ¡Me tiene sin cuidado todo, Nivlo! No toleraré que me traten como a un pelele y no como a un hombre. Deberían matarme enviándome a luchar contra un monstruo… Eso sería un modo humano de dar muerte a un ser.

—Aquí no creo que haya monstruos —suspiró Nivlo—. Los dragones, griffos y aves extrañas y voraces, existen sólo en el planeta Izak. Este es un mundo diferente, de mercaderes, políticos, científicos y mecanismos. Todo se maneja por medio de teclas, botones, órdenes a distancia… A veces me pregunto si no valdrá más nuestra oscuridad ignorante de allá abajo…

—No, Nivlo. Esto es civilización, conocimientos, ciencia… Lo peor es que no tiene calor humano —sentenció Rolkan, sombrío —. Si este Gobierno maldito cayera, las cosas serían muy diferentes. Con amor, comprensión y libertad para los hombres honrados, las cosas serían casi perfectas en esta sociedad tan avanzada. Esperemos que alguna vez se produzca el milagro, …, aunque nosotros jamás lleguemos a verlo.

—¡Escuchad, condenados! —dijo una voz profunda, metálica, llegando ahora a través de invisibles altavoces en los muros metálicos—. ¡Por vuestra actitud rebelde, por vuestros actos y palabras de subversión clara, sois sentenciados a morir en el plazo de pocas horas, sin posibilidad de indulto presidencial! El propio presidente Ingroor, conocedor de vuestro caso particular, confirma la sentencia inapelable en estos momentos.

Se hizo el silencio. Se abrió una compuerta en el muro, y una corriente de aire les empujó, contra su voluntad, hacia una banda en movimiento, que les condujo, como simples embalajes, hasta una cámara semicircular de vidrio, rodeada de grandes tubos cilíndricos de metal gris, apuntando todos hacia el centro de aquella cámara hermética, con dos asientos.

Afuera, soldados de uniforme negro, montaban rígida guardia.

—Creo que es la cámara de ejecuciones —señaló Rolkan—. Esos tubos deben ser las armas que nos aniquilen…

—No tenemos remedio alguno. Esta vez, todo terminó, amigo mío —suspiró el alquimista—. Lamento haberte traído hasta este triste final…

—No hables así y actúa.

—¿Actuar? ¿En qué forma podría hacerlo?

—El anillo. No hemos hablado antes de él. No saben nada. ¡Utilízalo, pronto! Sin perder un solo instante. ¡Vamos ya!

Nivlo vaciló un instante. Sólo un instante. Luego, friccionó con energía el anillo misterioso en sus ropas.

Y apuntó al exterior con la piedra azul oscura, de turbio brillo…

* * *

Se desencadenó el caos.

La fina línea de centelleante luz, perforó la caparazón plástica que les envolvía. Y la hizo saltar en miles de fragmentos, como polvillo cristalino.

Luego, el rayo de luz se concentró con uno de los tubos de acero, penetró en su largo cilindro interior…

Debió de llegar a alguna parte vital. A alguna recámara cargada de proyectiles fantásticos y demoledores. Hubo una sacudida formidable, una vibración bajo sus pies, un temblor de muros y bóvedas…

Como un movimiento sísmico colosal, todo vibró, empezando a desmoronarse. Los soldados huyeron, despavoridos. Dentro de los tubos de acero hubo un bramido, una convulsión tremenda. Comenzó a brotar fuego y humo de su interior. Se derritieron los tubos aparatosamente, y se abrieron los muros gigantescos, empezando a caer a trozos la obra de los orgullosos edificios

circundantes.

—¡Todo el palacio presidencial se derrumba! —chilló alguien—. ¡Una explosión en las cámaras de cargas desintegradoras, ha provocado el caos!¡Es el fin...!

Cuando menos, lo parecía. Un fin dantesco, inenarrable. Un desastre colosal, que iba abatiendo la orgullosa obra arquitectónica de un Gobierno de tiranos ególatras.

Yen medio de aquel desastre, corriendo como desesperados, Nivlo y Rolkan intentaban escapar a los muros y techos que se abatían, luchaban por salir, por eludir ser víctimas ellos mismos del desastre colosal que el rayo de energía contenido en el mágico anillo de Nivlo, había desencadenado al hacer reventar las cargas desintegradoras que habían significado, quizá, la fuerza misma de aquel Poder.

Y que ahora era su ruina. Su apocalipsis merecido...

* * *

Lo habían conseguido, finalmente. Se contemplaron, aturdidos todavía. Alrededor suyo, todo eran cascotes, destrozos, masacre de seres humanos, de edificios, de todo cuanto representaba el Poder de Ingroor.

Se habían salvado del desastre. Y mientras en todas las calles de la orgullosa ciudad de Amazda, capital de Lagak, se luchaba entre la población y los enemigos del Régimen, en una batalla ya desatada, el edificio presidencial era un enorme muñón de ruinas humeantes.

—No sé cómo pudimos salir de ese infierno, pero lo hemos logrado, Nivlo —susurró el guerrero zerio, arrugando su ceño. Contempló la pugna entre unos y otros, por doquier. Sonrió, esperanzado—. La lucha estalló por fin. El Orden Nuevo empieza a asomar abiertamente. Es su momento. Creo que la tiranía se ha terminado definitivamente en Lagak, en Izak... Todo esto va a cambiar mucho desde ahora...

—Y yo, sin hallar a Liria... —musitó ahogadamente el alquimista,

sentándose en las ruinas, cabizbajo.

Rolkan se acercó a él, pensativo. Le puso una mano en el hombro, suavemente. Su voz sonó persuasiva:

—No debes temer nada, amigo. Encontraremos a Liria. La salvaremos de todo peligro, estoy seguro...

—¿Seguro? —alzó la cabeza. Le miró, con ojos que brillaban húmedos, emocionados—. ¿Cómo puedes estar seguro, guerrero, de algo que ya no es posible conseguir? Ni siquiera sabemos dónde estará ella, qué será de su vida, de su seguridad...

—Podemos saberlo pronto, Nivlo. Esos medios de difusión y comunicación que tienen en este mundo de mercaderes, de naves espaciales, de transmisión de imagen y sonido a distancia... Eso puede ayudarnos mucho.

Llamaremos a sus raptores. Al enemigo anónimo que nos persigue, y al cual perseguimos.

—Es una idea ridícula. ¡Ellos nunca vendrán a nosotros, nunca atenderán una llamada nuestra! No tenemos nada que ofrecerles a cambio de Liria y de su vida. Absolutamente nada...

—¿Nada? —Rolkan sonrió—. Te equivocas, Nivlo. Tenemos lo más importante. Lo más fundamental. Lo que todos buscamos desde un principio. Lo que ha sido el motivo ya de tantas muertes violentas... Lo que el monje Kabuc quiso entregarte desde aquel momento, de parte del hombre lejano, amigo del mercader Zomak... Voy a llamarles. Y voy a ofrecerles ese objeto tan valioso para ellos...

—¡Rolkan! ¿Te has vuelto loco, mi buen amigo? —se lamentó Nivlo—. Ellos nunca creerán esa mentira...

—Es que no es una mentira. Siempre tuvimos nosotros ese objeto, sin saberlo, Nivlo...

—¿Qué... qué dices?

—Yo mismo lo tomé, inconscientemente... —se tocó algo que pendía de su cuello, atado por una correílla de piel—, ¿Es que no lo entiendes? La única cosa que llevaba encima el pobre peregrino al morir... La Cruz... La Cruz, Nivlo... La Crux Aldavia de su fe...

El alquimista, estupefacto, contempló aquella tosca cruz de madera, entre los rudos dedos de Rolkan, el guerrero...

* * *

—La Cruz... Nunca lo hubiera podido creer... —jadeó Nivlo, aturdido.

Y su mirada amorosa fue a Liria, pálida pero serena, mostrando en su gesto la huella de la odisea vivida, lejos de su padre. Ella se dejó abrazar, y sollozó débilmente, mirando por encima del hombro, llena de gratitud su expresión, a Rolkan, el luchador.

—¿Cómo podré agradeceros esto, Rolkan? —musitó la rubia belleza.

Sonrió el guerrero zerio, encogiéndose de hombros.

—No hace falta vuestra gratitud, Liria —habló—. Lo importante es la felicidad. Vuestra felicidad de ahora... Esas personas, anónimamente, han devuelto a una hija junto a su padre. Nunca sabremos quiénes eran los conspiradores que querían el gran secreto de aquel monje, pero hemos ganado una vida preciosa, y eso basta.

—Liria, ¿nunca supiste quiénes podían ser ellos, qué buscaban realmente?

—No, papá. Iban enmascarados. Eran asesinos profesionales, sin duda. Y alguien les pagaba por obtener el secreto que tanto ansiaban.

—Y ese secreto era... simplemente una tosca cruz de madera...

—Una cruz con inscripciones, Nivlo —le recordó Rolkan—. Y las inscripciones eran lo realmente importante en todo esto... Signos cabalísticos que tú, como alquimista, debiste haber interpretado, de haber tenido ojos para esa cruz...

—¿Qué signos, Rolkan? Pareces más inteligente y observador que yo. Siempre creí que eran simples grabados religiosos...

—También yo. Hasta que un día lo examiné más atentamente, y

descubrí símbolos químicos, operaciones matemáticas complicadas... Todo pequeño, disimulado entre dibujos geométricos extraños...

—¿Y todo ello era...?

—Una nueva «piedra filosofal», diría yo —dijo Liria, riendo suavemente.

—¿Una «piedra filosofal»? —dudó su padre, perplejo.

—Sí, papá. Les oí hablar de eso. Buscaban la fórmula mágica del hechicero Ziarko. El «vapor de la Transmutación» o «Niebla Cristalina del Poder». —Y eso..., ¿qué significaba exactamente? —Eso..., significaba que con esa fórmula, todo, absolutamente todo en el mundo, puede convertirse en piedras preciosas, en enormes y valiosas gemas de incalculable valor, en vez de ser transformadas en oro, como algunos alquimistas buscáis... ¿Te das cuenta de ello, papá? Ahora, esos criminales, con la fórmula de la cruz de madera que Rolkan les entregó a cambio de mí en ese trueque..., son la gente más rica de todos los mundos conocidos...

—Lo doy por bien empleado, pese a todo —musitó su padre ahogadamente—. A fin de cuentas, ¿de qué me servirían a mí las gemas más grandes, puras y valiosas, no teniéndote a ti, hija mía?

Rolkan soltó una breve carcajada. Y se acercó a ellos, risueño.

—No debéis preocuparos por eso —dijo, sarcástico. —¿Cómo? —se volvió Liria hacia él—. ¿Por qué decís eso?

—Lo cierto es que nunca lograrán obtener gema alguna con esa fórmula mágica. Estoy seguro de ello, Liria.

—¿De veras? —ella pestañeó, asombrada. No desviaba de él sus ojos aturdidos—. ¿Por qué motivo, Rolkan, amigo? Vos mismo dijisteis que esa cruz...

—Esa cruz, ciertamente, Liria, tenía la fórmula que yo he dicho y que vos citasteis. No hay error en eso. Pero..., pero sí hubo error en algo. Algo que yo hice intencionadamente.

—¿Vos? ¿Qué hicisteis? —hubo cierta agitación en el tono de ella.

—Sencillamente: pensé que una «piedra filosofal» así no sería buena para nadie en el mundo. Podría causar más muertes, más daño..., y opté por destruir la cruz.

—¿Qué? —gritó Liria roncamente.

—Destruí la verdadera cruz —explicó el guerrero—. Y puse, en su lugar, una falsa, con signos engañosos que no sirven para nada. En estos momentos, el fuego purificador ha quemado un secreto que costó mucha sangre..., y quizá hubiera costado mucha más. ¿No estáis de acuerdo conmigo, Liria?

Pálida, extrañamente demudada, la hija de Nivlo le contemplaba como si hubiera recibido un mazazo brusco, como si no pudiera salir de su profundo asombro y consternación. Su padre, también asombrado, no se daba cuenta de esa rara reacción de su hija.

Rolkan, sí. Rolkan lo sabía. Rolkan lo esperaba. No desviaba sus ojos penetrantes de la herniosa y platinada joven.

Al fin, ella susurró, con un hilo de voz, mortalmente pálida:

—Sí... Sí, me parece que es lo más justo... Una gran burla para alguien... Para alguien que supo ese secreto, y vino con la idea de apoderarse de él, cayera quien cayera... Vos habéis entendido. Y habéis hecho algo sorprendente, amigo Rolkan. Sorprendente..., y casi cómico...

Y rió. Rió entre dientes, con extraño tono forzado. Rolkan la miró. Ambos sabían, ambos entendían...

«Sí... —dijo Rolkan, mentalmente, en su interior, sin que Nivlo llegase nunca a adivinar lo que estaba pensando el astuto guerrero—. Tú, Liria, la hermosa e ingenua Liria que estudió ciencias en los países helados del Norte... Tú supiste el secreto. Ignorabas que tu padre iba a ser el depositario, por una jugarreta del destino... Llegaste a tiempo de tu larga estancia lejos de Arcaría, para matar al monje. Y a quien fuese. Ibas a tener en tu poder la llave de la fortuna, del poder... Fingiste luego tu secuestro, te ausentaste con tus asalariados anónimos, a esperar, a vigilar, a buscar desesperadamente el secreto no conseguido... Acabaste uno a uno con tus adversarios..., menos conmigo, Liria, dulce y bella, ingenua y malvada Liria... Ahora, no tengo pruebas para acusarte. Nadie te castigará por tu maldad y tus crímenes... Pero el peor castigo lo tienes ya. Mi jugada te ha hundido. Sabes que tienes una cruz que no vale ya nada... Lo perdiste todo. Has

matado inútilmente, has fracasado… Ese es tu mayor desastre. Tu castigo por toda una vida, hermosa Liria…»

No. Nivlo, el alquimista, feliz junto a su recuperada hija, jamás supo eso.

Ni nadie en Izak o en Lagak.

Cuando Liria murió, pocos años después, tras una rara y difícil enfermedad, se llevó el secreto a la tumba. Su padre pudo llorarla, sin conocer nunca la clase de criatura a quien amó…

Rolkan supo guardar toda su vida aquel secreto. Rolkan era un gran guerrero. Pero también un hombre callado, discreto, comprensivo con el dolor humano de los demás.

FINAL

—Rolkan… No esperaba verte por aquí. ¿Has vuelto?

—Sí, Hydra… He vuelto. Sigue gustándome tu baile…

—Rolkan, ya bailo sólo por gusto. Por recordar viejos tiempos. Hemos triunfado. El Orden Nuevo preside nuestros mundos. Hay paz, amor, justicia… Y empieza a haber luz en nuestra oscuridad de siglos… ¿Por qué volviste, Rolkan? Creí que te atraía otra mujer, rubia e ingenua…

—Rubia e ingenua… —Rolkan rió, sarcástico, entre dientes. Sacudió la cabeza—. No, Hydra. Nunca fueron mi tipo esa clase de chicas. Por eso he vuelto a verte…

—Ya sabes cómo soy yo, guerrero. No me gusta amar a un solo hombre. No me gusta unirme a él para siempre…, ni aunque sea Rolkan, el zerio.

—¿Quién ha dicho que sea una sola vez, que sea por toda una vida? —rió él, risueñamente—. Eso es mucho tiempo, Hydra. Para una mujer como tú…, y para un hombre como yo. Pero he

pensado…

—¿Qué has pensado, Rolkan?

—He pensado que también un guerrero debe descansar. Aunque sea poco tiempo. Y tal vez luego…

—¿Sí, Rolkan?

—Tal vez luego, el descanso sea más prolongado. Dependerá de ti, de mí…

—¿Sin compromisos? ¿Sin promesas?

—Sin compromisos, Hydra. Sin promesas.

—Entonces, vale la pena probar —se colgó de su brazo. Acercó a él sus labios carnosos—. Sí, guerrero. Vale la pena probar…, por el tiempo que sea.

Y sus bocas se aproximaron.